

PANAMÁ

la ciudad entre papeles

Derechos reservados.

- Alice de Souza, por “El repartidor frustrado”
- Jesús Díaz, por “¿Quién vive en los rascacielos?”
- Iván Bernal, por “Pescando a orillas del Canal”
- Mirelis Morales Tovar, por “Un metro y una estación fantasma”
- José María Torrijos Legazpi, por “Ya no se gana, pero se goza”
- María Gabriela Baigorri, por “Invasión, la memoria en ruinas”
- Irma Oviedo, por “Centavito”
- Irlanda Sotillo, por “Pelo malo”
- Nathalia Guerrero, por “Las que resisten”
- Raphael Salazar, por fotos de portada “Crónicas”, “El repartidor frustrado” y “¿Quién vive en los rascacielos?”
- Mauricio Valenzuela, por fotos “Centavito” y “El Metro y una estación fantasma”
- Randy Navarro, por fotos “Pelo Malo”
- José Yau Hernández, por fotos “La Invasión en ruinas” y “Las que resisten”
- Juan Tarté Buitrago, por diseño de libro y portada.

Primera edición: agosto de 2018.

ISBN: 978-9962-12-771-0



Esta publicación forma parte de Biblioteca 500, iniciativa de la Comisión 500 años de Fundación la Ciudad de Panamá (1519-2019), creada por el Consejo Municipal del Distrito de Panamá y gestionada por la Alcaldía de Panamá con el apoyo estratégico, logístico y administrativo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). www.ciudadpanama500.org

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Hecho en Panamá.

Impreso por Phoenix Design Aid A/S

PANAMÁ

la ciudad entre papeles

Nueve crónicas elaboradas durante el taller
'Contar la Ciudad', con el maestro Cristian Alarcón.
Edición de Sebastián Hacher.



fundación
Gabriel García Márquez
para el nuevo
periodismo iberoamericano

fnpi



ALCALDÍA DE PANAMÁ



Ciudad de Panamá
Crece en TI



Al servicio
de las personas
y las naciones



Copa
Airlines 



FUNDACIÓN FLETA



Considero al periodismo como un género literario al mismo nivel que la novela, la poesía, el cuento y el teatro. Y es importante porque es un género literario con los pies puestos sobre la tierra.

Gabriel García Márquez / Cosas

Hay que cuidarse de decirles que a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, nacen y mueren sin haberse conocido, incommunicables entre sí.

Italo Calvino / Las ciudades Invisibles

PRESENTACIÓN

Por Jaime Abello Banfi
Director general y cofundador de la Fundación
Gabriel García Márquez para el Nuevo
Periodismo Iberoamericano (FNPI)

Este libro es una verdadera obra colectiva, un tejido en el que convergen y se trenzan muchos hilos: los de las historias jaladas de gentes que transitan las calles y habitan los barrios de Panamá, una ciudad cuyos procesos urbanos, con sus alegrías y dolores cotidianos, claman por ser contados, mientras que vive un proceso de cambio físico acelerado que amenaza con sepultar bajo cemento los restos de la memoria colectiva; los hilos de los autores de los textos, los periodistas que investigaron y aportaron esas historias narradas en clave de crónica, como resultado del intenso trabajo de aprendizaje colaborativo realizado en el marco del taller internacional de periodismo “Contar la ciudad”, para el cual hubo decenas de aspirantes y solo 14 seleccionados provenientes de 9 países; los hilos de la rica experiencia pedagógica, la extensa obra de periodismo y literatura de no ficción, los innovadores enfoques anfibios y la sabiduría práctica de editor avezado que entregó con generosidad el director del taller, el gran periodista chileno-argentino Cristian Alarcón, maestro de la FNPI y fundador de la revista digital Anfibia; los hilos que son la contribución de un verdadero tejedor de historias, Sebastián Hacher, que dedicó a la edición de estas crónicas toda la paciencia y esmero aprendidos como bordador de ñandutí; finalmente, el tejido se completa con los hilos de los aliados institucionales que nos juntamos para idear, convocar y organizar el taller que se llevó a cabo en diciembre de 2017, y ahora para publicar el libro en 2018: el colectivo de periodistas Concolón desde Ciudad de Panamá y la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) desde Cartagena, Colombia, contando con la hospitalidad del Centro Cultural de España y el apoyo del Fondo Panamá Ciudad de 500 años, la Autoridad de Turismo de Panamá, Copa Airlines y la Fundación Eleta.

Otro hilo, sutil e inspirador, de este tejido a muchas manos es el legado en movimiento de un gran amigo de Panamá, Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura de 1982, quien se dedicó al periodismo por más de cincuenta años, como otra extensión de su creación literaria, movido por su pasión de investigar la realidad para interpretarla y contar cuentos que son

verdad, y también como una manera de ejercer ciudadanía y participar en el debate político. Gabo soñó por mucho tiempo con montar un periódico propio para hacer el mejor periodismo del mundo, descartó la iniciativa, pero se empeñó en realizar esa visión a través del método de hacer talleres prácticos de intercambio de experiencias, principalmente con periodistas jóvenes, para lo cual lideró en 1994 la creación de la FNPI. Desde entonces, esta Fundación se ha dedicado a formar, inspirar, incentivar y conectar a miles de periodistas de los países de lenguas española y portuguesa, para promover la búsqueda de la excelencia, la coherencia ética y la innovación. Se trata de promover un mejor periodismo, para contribuir a que nuestros países tengan sociedades mejor informadas y con pleno ejercicio de la ciudadanía.

Estamos convencidos de que la crónica es una forma de periodismo óptima para indagar sobre las problemáticas de la realidad compleja de nuestra América Latina, para investigar y contar en detalle nuestros temas más acuciantes. Vista así, la crónica es periodismo para el conocimiento. Y si hay un terreno por explorar es el de las ciudades en las que vivimos cientos de millones de latinoamericanos.

Como lo registra con precisión el relator del taller, Errol Caballero, en su extenso y detallado informe de relatoría que está disponible para lectura y descarga en el sitio www.fnpi.org, en el taller se buscó abordar la ciudad con todo su dinamismo. En los términos planteados por el maestro, “la ciudad no como una aglomeración de edificios, sino también de gente que la habita. La ciudad como un ente casi orgánico, que acumula recuerdos extraviados. El cronista debe procurar tener acceso a esa fuente de historias subyacentes, debe seguir las huellas que le permitan encontrarse con este pasado de conflictos, que pueden emerger cuando se busca una dirección, que pueden ser atisbados fugazmente en un grafiti, a través de las expresiones de la cultura urbana. Son tragedias cotidianas que nacen de la desigualdad, segundo a segundo, en una urbe en la que cohabitan los que acumulan en exceso con los que no son dueños de nada. Son voces de disidencia que se ahogan en la mansedumbre de millones que guardan silencio frente a un modelo de acumulación que hace sufrir a la mayoría. “

Reitero nuestro agradecimiento a Cristian Alarcón, quien supo guiar a los periodistas participantes en el taller “Contar la ciudad” en todo el proceso de elaboración de sus crónicas que abarcan una diversidad amplia de aspectos de la Ciudad de Panamá, desde la planificación previa, siguiendo

con la investigación en el terreno, para terminar con la escritura y edición de los primeros borradores.

Quiero dejar constancia de que tanto el taller como este libro, y nuestra propia participación, han sido dinamizados por el entusiasmo y compromiso de los jóvenes periodistas panameños que componen el colectivo Concolón y el liderazgo de Sol Lauría. Gracias a ellos crece nuestra esperanza de que en Panamá florecerá un nuevo periodismo.

UNA FIESTA INCLUYENTE

José I. Blandón F.
Presidente
Comisión 500 años de Fundación de la ciudad
Alcalde del Distrito de Panamá

La celebración de los 500 años de fundación de la ciudad de Panamá es una fiesta incluyente. A ella han sido invitados todos los sectores, todas las visiones, todas las ideas. Y entre quienes acudieron con entusiasmo para aportar su perspectiva, está el colectivo de periodistas Concolón.

Su propuesta, la Semana Crónica Concolón, fue uno de los proyectos seleccionados por el Fondo Panamá Ciudad de 500 años, versión 2016, e incluyó el taller internacional “Contar la Ciudad” en alianza con la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.

El resultado del taller y de otras actividades realizadas por los periodistas locales e internacionales convocados por Concolón es este grupo de crónicas sobre la ciudad de Panamá, recogidas en la obra que ahora les presentamos.

Los periodistas participantes del proyecto salieron a recorrer las calles de la ciudad para encontrar los personajes, las vidas, las actividades, los lugares e incluso los recuerdos, que luego convirtieron en historias urbanas que describen lo que somos y lo que hemos sido.

El resultado del trabajo es un mosaico diverso que nos muestra una ciudad llena de contrastes: moderna y desigual, alegre y agresiva, plural y excluyente, intimidante y amable. Todo al mismo tiempo.

Las crónicas de los periodistas convocados por Concolón nos llevan al pasado con historias que hablan de la muerte, del dolor, de momentos de gloria ya perdidos; nos permiten sentir en la piel y el alma el dolor de la discriminación, la incomprensión, el rechazo y la agresividad; nos llevan de la mano por los laberintos de una ciudad que creció sin orden ni concierto, pero que tiene vocación de cambiar, de ser mejor. Son crónicas que nos hacen pensar en lo que hemos sido, en cómo hemos cambiado y en lo que merecemos ser.

El Fondo Panamá de 500 años fue creado como un mecanismo de apoyo para promover iniciativas culturales enfocadas en honrar la larga y compleja historia de una ciudad, que tiene el privilegio de ser la primera que fundaran los conquistadores españoles en el litoral pacífico de América.

Las crónicas de los periodistas convocados por el colectivo Concolón son ya parte de esa lista de iniciativas que logran el apoyo de la Comisión de los 500 años de Fundación de la Ciudad de Panamá, de la Alcaldía de Panamá y del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. Una lista que sigue creciendo, porque la celebración es de todos y para todos.

NOTA PRELIMINAR

Colectivo de periodistas Concolón

Es algo sabido: una ciudad no es solo su historia y sus planes, el trazado de sus calles y plazas, sus instituciones y edificios, sus intercambios y negocios, el transporte y la movilización. Para que una ciudad sea ciudad, debe ser un espacio de oportunidades individuales para el bienestar general. Si no es un terreno para la felicidad, la ciudad es una falla.

En América Latina, la región más urbana del mundo —el 80% de la población de nuestra región vive en ciudades—, durante mucho tiempo se creyó que la urbanización llegaría de la mano de la racionalidad moderna, contrapuesta a la “barbarie” representada por lo rural. Hoy basta alzar la mirada para entender que no ha sido así: la urbanización muchas veces resultó en caos y la ciudad, justamente, en falla.

Pequeña en comparación a otras de la región —Bogotá la quintuplica y Guatemala casi la triplica—, la ciudad de Panamá tiene algunas dinámicas de pueblo pero muchos de los problemas de cualquier megalópolis terciomundista: desigualdad, degradación medioambiental, exclusión, violencia y un machismo campante.

Los datos duros dicen que la ciudad de Panamá es la más grande y poblada y el principal centro económico y financiero del país. En cualquier postal turística aparecerá como imagen incuestionable del progreso, una foto del Canal y otra de las torres espejadas balconeando la bahía. Desde los orígenes, casi 500 años atrás, el flujo y reflujo del comercio internacional fue un tema constante. Ese es el sello de lo urbano aquí: un paisaje inflado por los intereses privados y, por debajo y a los costados, el rugir de las consecuencias de la especulación: avenidas asediadas, acueductos desbordados, las pocas veredas plantadas con carros que vuelven imposible algo tan simple como caminar. Una ciudad de contrastes, fragmentada, donde conviven carros deportivos importados de varios miles de dólares con los destartalados de los raspaos, sin hacerse el menor de los casos.

La ciudad nunca será un territorio libre de conflictos, por eso es comprensible que sea percibida por su aura negativa. Pero eso no es todo. En las ciudades invivibles también hay lugar para la determinación

de los anhelos. De ahí que sea un imán para inmigrantes. O para grupos que emprenden la hazaña de transformar el estado de las cosas. Y para la fortaleza o la testarudez o la resistencia o la creatividad entre las múltiples formas de construir sociedad. La ciudad es también el hábitat de los que luchan contra las sombras.

‘Panamá, la ciudad entre papeles’ es un esfuerzo por descubrir, entender y contar ese palimpsesto que es la ciudad de Panamá. Asumiendo su costado cruel, intentando descifrarla y con la conciencia de que lo que se diga, no es la verdad última.

Los textos aquí reunidos partieron de una iniciativa colectiva que reunió a ese tipo de gente ya no sólo con capacidad de salirle adelante al trauma o a las injusticias estructurales, si no también con la convicción de que pueden revertirse y la certeza de que hablar de la ciudad hoy, es soñar una ciudad mejor para el futuro. Porque mirar y agudizar el sentido de escucha de la urbe, ayuda a pensarla. Porque hablar salva y contar es establecer un punto de contacto entre lo que se cuenta y quien lee. Es el intento de romper prejuicios, alzar la mirada y empatizar con esos otros con los que convivimos, pero a veces no miramos.

Hay aquí nueve crónicas que fueron concebidas, reporteadas y estructuradas en el Taller de Crónica Contar la Ciudad, que ideamos en el colectivo de periodistas Concolón y concretamos con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), una de las instituciones más sólidas y respetadas del continente, y con el apoyo indispensable del Fondo Panamá Ciudad de 500 años, el Centro Cultural de España, Copa Airlines, la Autoridad de Turismo de Panamá y la Fundación Eleta. Quienes lo hicimos creemos en la palabra y la cultura como motores del desarrollo social.

El proceso de producción, que duró cuatro meses, comenzó con una semana en la ciudad de Panamá donde los periodistas, con la guía del talentoso maestro Cristian Alarcón, se acercaron a la historia, la geografía y sus límites; la composición social, sus fortalezas y desafíos, sus dinámicas; y avivaron discusiones sobre el rol del periodismo en la construcción de ciudades en permanente cambio, en los discursos sobre lo urbano, la inseguridad y sus efectos. Los autores se zambulleron en las calles con una misión: buscar y saber reconocer, entre el ruido y el agobio, quiénes la habitan, y permanecer con ellos, y dejarles espacio. Y, después, contarlos.

Ahí siguió el proceso de edición, de la mano del periodista y escritor argentino Sebastián Hacher, donde confrontaron y pulieron los textos. Finalmente, gracias al Fondo Panamá Ciudad de 500 años, alumbramos este libro que es un reflexión de la ciudad desde el periodismo.

Formalmente, es un libro sobre la ciudad de Panamá.

“Hace más de tres siglos, el obispo Lucas Fernández de Piedrahíta construyó la primera edificación de altura, de 27 metros: la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, en pleno Casco Viejo, la parte colonial de la ciudad —escribe el periodista mexicano Jesús Díaz en la crónica ‘¿Quién vive en los rascacielos?’—. Desde entonces la mirada horizontal se volvió imposible: Panamá quiere superar los 500 edificios. Para algunos la elevación se justifica por los negocios que deja el Canal de Panamá, aunque la población es de sólo cuatro millones de habitantes y su densidad de 49 kilómetros cuadrados por persona. En el mundo utópico de un solitario, se podría vivir a las anchas casi 50 kilómetros sin ser molestado. ¿Para qué construir hacia arriba?”

“Mientras fue del Casco Viejo al sur —escribe la periodista brasilera Alice de Souza en la crónica ‘El repartidor frustrado’—, la ciudad abandonó el antiguo sistema de organización del suelo. Dejó la cuadrangular lógica europea al avanzar rumbo a lo que es hoy, un choque realista entre las falacias del capital y las cicatrices latinoamericanas”.

La periodista venezolana Mirelis Morales quiso ver y entender qué significa ser la primera ciudad de Centroamérica con un Metro, y se encontró con la evidencia de la exclusión urbana: “El mapa de la línea 1 del metro de Panamá tiene trazadas 14 estaciones. Que se resume en una extensión de 16 kilómetros y un tiempo de viaje de aproximadamente 26 minutos de un extremo a otro. Entre la estaciones Albrook y 5 de mayo, se lee claramente la palabra Curundú. En algunos casos el nombre está tapado con papel adhesivo blanco, como quien corrige un error”.

“La ciudad de Panamá sigue siendo tan desigual como siempre —escribe el periodista José María Torrijos Legazpi—. El hogar de los hombres más ricos de la región, quienes viven en exclusivos barrios cerrados construidos sobre manglares y vertederos, que tienen como vecinos a las personas más pobres del área, quienes viven en improvisados “barrios brujos” con casas

de zinc y calles sin pavimentar frente al mar”.

Irlanda Sotillo escribe en ‘Pelo malo’: “En el censo nacional de 2010 apenas unas 313 mil personas se reconocieron descendientes de negros, solo el 9.2% del total de los panameños. En 2015, el Instituto Nacional de Estadística y Censo volvió a censar buscando actualizar el mismo dato, y los afrodescendientes aumentaron a 586 mil personas. La población negra pasó a representar el 14.9% del total de los panameños”.

“Sea en el Casco Viejo, 5 de Mayo, Santa Ana o Albrook —escribe la periodista colombiana Nathalia Guerrero—, los ojos se posan sobre ti, como el láser de un arma francotiradora. Los puedes sentir: en tus brazos, en tus nalgas, en tus piernas, pegándose a tu piel descubierta porque el calor lo obliga, o porque simplemente quieres que sea así. Te hacen más lento o más rápido el paso. Y entonces los cinco minutos que te tomaba recorrer esas dos cuadras se convierten en diez, en quince, en veinte, y la línea recta de tu camino se vuelve un rombo, un trapecio, un paralelogramo. Con el tiempo evitas esa construcción, ese partido de fútbol, a los universitarios saliendo de clases, a los taxistas, a todos”.

“El Chorrillo no queda lejos del centro de la ciudad de Panamá —escribe la argentina María Gabriela Baigorri—. Muchos lo dan por muerto, pero la barriada está bastante viva. Como las caderas de las vecinas que caminan por sus calles sucias o los gallos atados con cadenas que se provocan de balcón a balcón. Como la memoria de los chorrilleros”.

El colombiano Iván Bernal Marín describe al barrio Boca La Caja en un texto sobre pescadores que lanzan sus redes en la misma bahía que sirve de entrada al Canal : “Por las calles de Boca La Caja no caben carros. Está al nivel del mar, por debajo del nivel del tráfico. Aunque hay suficientes antenas como para asegurarse de que la señal de televisión no tenga problemas en atravesar la muralla de rascacielos alrededor. Es una llaga en el paisaje de opulencia citadina.”

Formalmente, decíamos, es un libro sobre la ciudad de Panamá. Pero, en verdad, es un libro sobre la gente que late y aviva un territorio atiborrado de conflictos y esperanzas.

Iván Bernal Marín cuenta cómo María Vásquez —una morena de 55 años y 17 nietos—, Abraham —18 años y flaco como una caña—, Carlito Guzmán

—38 años, calvo y corpulento—. Emma del Mar —una señora que fríe pescados y los vende en la 24 de Diciembre—, Miguel Rodríguez Urriolano —un vecino de Boca La Caja que ha pasado media vida en el mar— cada madrugada hacen más o menos lo mismo que los más de 1,800 pescadores de las orillas del Canal de Panamá: intentar sobrevivir del —y en el— mar.

“Isaías Blades (39) se apura en aclarar que nada tiene que ver con el músico Rubén “Bleids”, en un inglés forzado, como los panameños nombran a su coterráneo —escribe María Gabriela Baigorri—. Está sentado en la esquina de su puesto de venta de pescado frito, en la vereda frente a un imperceptible monumento a los caídos de la Invasión. Señala con el dedo índice que aquí nomás el Batallón de la Dignidad —agrupación civil armada norieguista— tumbó con morteros un helicóptero enemigo. Es mediodía y el olor a fritanga se vuelve tentador. Está convencido de que los “gringos” atacaron el 20 de diciembre de 1989 no para atrapar a Noriega, como cuenta la versión oficial, sino para que el entonces presidente norteamericano George Bush “pruebe armas de guerra.””

Nathalia Guerrero enfoca en la resistencia de mujeres diversas que, cada una con su estilo, luchan por el derecho a la ciudad: “Y es que la lucha sí es importante, esta lucha, la del acoso. Corina también lo ha tenido que vivir en carne propia muchas veces, como cuando era pasante mientras estudiaba derecho y se tenía que bajar en la estación de metro de la Fernández de Córdoba para llegar al Registro Público. En vez de caminar derecho, Corina tenía que cruzar la calle tres veces consecutivas todos los días, para evitar pasar al lado de las tres construcciones instaladas en esa época en las cuatro calles que la separaban de su destino.”

Sentado en un sofá de su casa en Veracruz, Nandín —omeguid de la comunidad Guna que se autodenomina Lideraza Omeguid Guna— le dice a la periodista paraguaya Irma Oviedo: “Yo veía esa discriminación del mundo occidental, los vecinos se burlaban de mí, me decían niñita, indiecita. Yo me iba llorando. A los 10 años empecé a sentir eso, cómo me señalaban y se burlaban de mí.”

Antes de que asomara el sol, la periodista panameña Irlanda Sotillo iniciaba un tour por salones de belleza: “Gabriela de Lara entra al salón maquillada y con una horquilla atrincada al pelo húmedo. Es obvio para qué está allí; por eso, recibe una sonrisa de la dependienta ni bien se para frente al mostrador.

—¿Qué desea? —pregunta para asegurarse de que no vino a pintarse las uñas.

—Un blower —responde ella.”

“Zito vivió en Miami y trabajó para los Estefan, giró por Europa como músico de la orquesta de Roberto Blades y vivió en Perú —escribe José María Torrijos Legazpi sobre el conductor de radio y miembro de la banda Océano, la más famosa de la ciudad de Panamá treinta años atrás que hoy pasea shows por clubes de barrio y sociedades de beneficencia—. Ahora asegura que jamás abandonará Panamá.

—Amo la ciudad de Panamá, no la cambio por ninguna. Aquí todo es más sencillo, no hay ese canibalismo social como en otros países. Aunque cambiamos socialmente con la Invasión, nos queda algo de ingenuidad. He ido a otros lugares, he vivido ahí y siempre digo “esto está bien, pero no”. A Panamá no la cambio por ninguna.”

El barrendero José Fernández le dice a la periodista venezolana Mirelis Morales: “Después del Canal de Panamá, el Metro es lo mejor que se ha hecho en este país”.

“Orlando tenía que salir de Punta Paitilla, un barrio lujoso de la capital, hacia Obarrio —escribe la periodista brasilera Alice de Souza sobre Orlando García, un venezolano que aterrizó en Panamá el 28 de septiembre de 2015—. No más que un kilómetro y medio de distancia.

—Te metes por Guerrero Xian. Cuenta dos entradas. Y ahí está la casa. La descripción parecía sencilla para sus compañeros. Así lo comprendería cualquier panameño, pero no un recién llegado. En Panamá la dirección es una cosa personal. Las casas no suelen tener números. Las calles abusan de la indiferencia a la nomenclatura. Encontrar una placa informativa es como ganar la lotería de lo imposible”.

Después de recorrer hasta el último de los 52 pisos vacíos de la torre más llamativa del skyline panameño —un edificio de 50 millones de dólares apodado “el tornillo”—, el periodista Jesús Díaz dio con la única oficina que no tiene vista a la ciudad ni luz natural: “Allí, en un sótano, desde las 8 de la mañana se instala todos los días la joven Yajaira para esquivar las preguntas de curiosos. Su puesto, dice, es de empleada administrativa, pero siempre le toca ahuyentar a entrometidos.

El edificio está semivacío, pero ella lo niega. No puede ser así: trasladarse

más de dos horas desde la periferia sólo para cuidar de un cascarón que todos fotografían en el exterior sería un esfuerzo inútil. Es mejor creer que diariamente miles llegan a éste y otros edificios inhabitados en un supuesto capitalismo funcional.”

Este no es un libro de calles, edificios, oficios, barrios, iglesias, carros y plazas y desastres, aunque hay historias repletas de calles, edificios, oficios, barrios, iglesias, carros y plazas y desastres. Es un libro sobre lo que somos: la gordura, las cicatrices, la pus, pero también la vitalidad, la fuerza y el flow de gente que, en medio del agobio y la violencia y los carros siempre a punto de chocar, empina en el espacio de la ciudad la determinación de estar, ser y soñar.



Foto: Raphael Salazar.

Crónicas

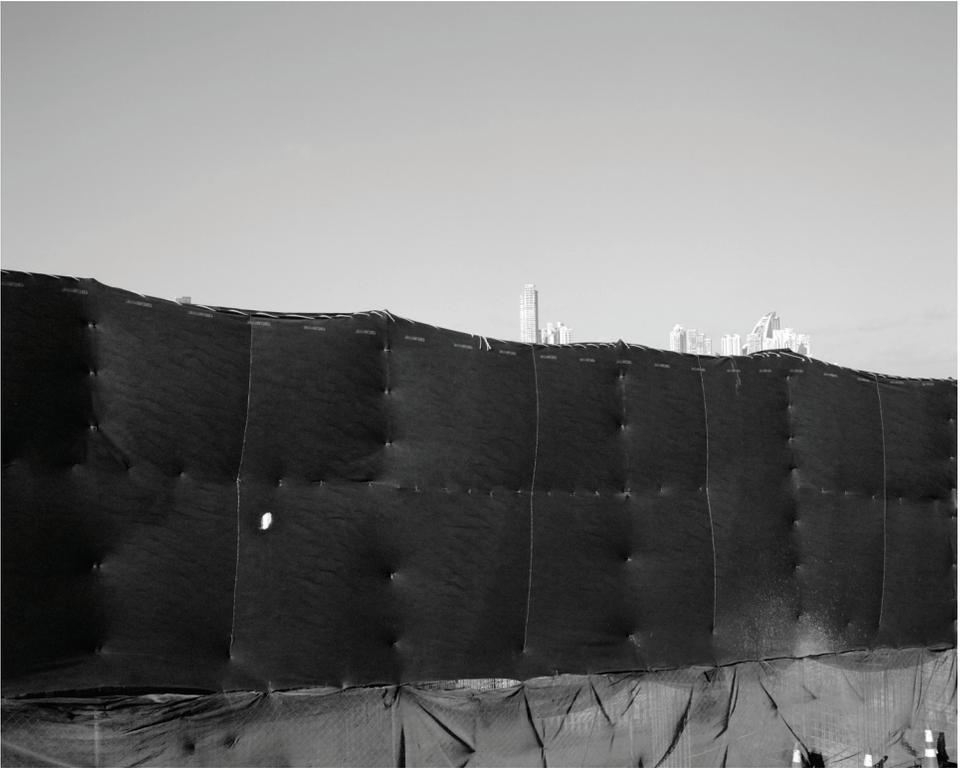


Foto: Raphael Salazar.

I

El repartidor frustrado

(o la insoportable costumbre de no
encontrar nunca ningún sitio)

Por Alice de Souza

Orlando García espera que haya algún pedido de hamburguesas. Parece ansioso. De a ratos gira el móvil intentando adelantar el reloj. No es para menos: la suya es una tarea casi tan complicada como la que le llevó cinco años de estudios en ingeniería en su tierra natal. Allá perforaba pozos en una refinería petrolera. Ahora que escapó de Venezuela espera los pedidos y sale a la calles de la ciudad de Panamá para repartir comida.

En los últimos tiempos el trabajo en la petrolera ya no era suficiente. Orlando tiene una hija de cuatro años, de cuya madre evita hablar. Ni los años de estudio ni la pasión por el petróleo alcanzaban para garantizar el futuro de la niña. El sueldo mensual ya no pagaba la comida de una semana, un dolor que Orlando deja escapar cambiando la voz firme por palabras flojas.

Por eso dejó Maracaibo, la segunda ciudad más importante de Venezuela. Se llevó consigo pocos recuerdos: un tatuaje que rasga la piel de su brazo derecho con el nombre de la niña y su fecha de nacimiento en numerales romanos, además del apoyo de sus padres.

En su primer día de delivery descubrió que las diferencias culturales son intransigentes en una urbe donde encontrarse no es cuestión de mapa, sino de experiencia.

Orlando tenía que salir de Punta Paitilla, un barrio lujoso de la capital, hacia Obarrio. No más que un kilómetro y medio de distancia.

—Te metes por Guerrero Xian. Cuenta dos entradas. Y ahí está la casa.

La descripción parecía sencilla para sus compañeros. Así lo comprendería cualquier panameño, pero no un recién llegado. En Panamá la dirección es una cosa personal. Las casas no suelen tener números. Las calles abusan de la indiferencia a la nomenclatura. Encontrar una placa informativa es como ganar la lotería de lo imposible.

Mientras fue del Casco Viejo al sur, la ciudad abandonó el antiguo sistema de organización del suelo. Dejó la cuadrangular lógica europea al avanzar rumbo a lo que es hoy, un choque realista entre las falacias del capital y las cicatrices latinoamericanas.

La ciudad tan preocupada en ser hype, punto de pasaje de suntuosas transacciones monetarias internacionales y con tantos rascacielos, no tiene identidad. Es un mosaico ilógico compuesto de tres mil cuatrocientos cincuenta y una vías con un nombre. Dos. Tres. Hasta cuatro. Las llamas como prefieres. A veces por nombres de políticos o de parientes de ellos. A veces, solamente por A, K, L. Y también por tres mil ciento treinta y un vacíos urbanos. Vías que no hay cómo llamar porque no tienen nombre.

Un compañero agarró a Orlando por la mano para enseñarle a sobrevivir en ese Panamá sin identidad, la vanguardia tecnológica del mundo. Donde solo el aplicativo de mapas salva a los recién llegados y la tecnología sabe más que los humanos.

Él buscó en la herramienta el Guerrero Xian, un restaurante de comida oriental cerca al edificio donde Orlando necesitaba llegar en Obarrio. Solamente con referenciales es posible encontrar el destino. Por más que, a veces, el punto de apoyo sea un árbol. Un coche. Una oficina que ya no existe. O una pequeña fuente a la derecha, después de otra fuente, antes de subir una loma y avanzar 200 metros por una calle cuyo nombre nadie sabe.

Hasta que no aprendió a buscar en la aplicación de mapas, Orlando no salía de casa. La ausencia de letreros intimidaba. La voz robótica de la aplicación le entregó la llave de la ciudad.

Proyectada para 200 mil personas, la Ciudad de Panamá absorbe 1,5 millones. El paradigma del desarrollo obligó a la capital a dar las manos a sus viejos dilemas, como el nombramiento de calles y avenidas.

Mientras se construían los primeros rascacielos, hace 40 años, el tema saltó a la agenda. El ingeniero Hipólito González hizo el primer intento de sistematizar las cosas. Escogió la Vía España —o Avenida España. O Avenida Central España. O Avenida Central Vía España— como punto

I

cero. Para el océano Atlántico, todo sería norte. Hacia el Pacífico, todo sur. Sin embargo, en Panamá nada es tan asequible. Incluso cuando el punto cero tiene nombres suficientes para una manzana.

Décadas después, la Panamá vertical, 2.0, medio latina medio estadounidense, quiere una vez más encontrarse. El tema volvió a la pauta municipal, ya que en 2016 entró en vigor la ley de descentralización que trasladó el derecho de decisión del ejecutivo nacional a las alcaldías.

Nombrar calles es pleito de la Red Ciudadana y proyecto de ley en la Asamblea Nacional, con derecho a establecer un “Consejo Técnico Nacional de Nomenclatura y Numeración Urbana y Rural”. El nuevo argumento es el crecimiento urbano y el potencial turístico. La Alcaldía pidió ayuda a consultores ingleses, esperanzada en la metódica organización real.

No importa cuanto tiempo una persona esté en la Ciudad de Panamá, perderse siempre es un riesgo inminente. Orlando no lo sabía. María Elizabeth Chavez lo aprendió luego de 17 años de vivir en la misma confusión.

María lleva el cabello arreglado como si se hubiese puesto pelo por pelo con una pinza, los labios rosados brillantes, la piel morada y un vestido florido, como si fuera a una fiesta. Vive a la izquierda del Canal de Panamá, donde otrora fue enclave americano y vivían jefes del ejército gringo y trabajadores jerarquizados del Canal, en la antigua base militar de Clayton. Ahora hay un cónclave de ciencia, estudio e innovación en Panamá: la Ciudad de Saber. Cerca de muchos árboles, lejos del centro.

María nunca sale de las vías principales. Es de aquellas personas que defienden las reglas hasta el fin. Como su cabello, le gusta todo en su lugar. Es su estrategia para sobrevivir.

Aquella noche iba a recoger a su hermano al aeropuerto, pero recibió un aviso de que él ya había bajado y se desplazaba a la casa de un amigo, en Chanis. Salió, como de costumbre, por la avenida 12 de Octubre, pero a la altura de la vía Transistmica —o mejor, vía Simón Bolívar— se vio obligada a cambiar la ruta por un control de policía.

Se metió por una callecita angosta, llena de curvas y por completo desolada. A su alrededor no había casas, oficinas ni luz. A los dos lados del camino todo era herbazal. Estaba en Monte Oscuro, una zona conocida por los peligros que encierra.

Un taxi sedan amarillo que iba adelante frenó y se puso atravesado en la calle. María tuvo que parar. El alumbrado público escaso irradió tensión. Un hombre grande, moreno y de pelo negro abrió la puerta y salió sonriendo. Dejó resplandecer un diente de oro en la oscuridad, reflejado por la luz del carro de María.

—Lo único que se me ocurrió fue que él me iba a violar y matar.

Ella enganchó la primera marcha y decidió avanzar como en un juego de ruleta rusa. Y deseó que la ciudad insensible a las causas femeninas tuviera, por una noche, piedad. El hombre, ya a veinte metros de distancia, retrocedió ante la fuerza de María. Volvió al taxi y se marchó. María arrancó hacia una gasolinera cercana.

Tembló. Lloró. Pero no abandonó Panamá.

Orlando había llegado de Maracaibo invitado por la hermana, otra venezolana migrante. Cuando aterrizó en Panamá, el 28 de septiembre de 2015, transportó cerámicas y ayudó a abrir agujeros por un mes, hasta que ella le regaló una Suzuki GN que le permitió saltar desde la construcción al delivery.

El venezolano siempre fue apasionado por la velocidad, recordó su hermana al regalársela. Un amor que empezó a los ocho años, mientras jugaba con su primo y un tío llegó a dormir, dejando la motocicleta afuera. Orlando y el primo aprovecharon la oportunidad para pilotearla. Buscaron las llaves y salieron a dar unas vueltas.

Orlando manejaba, el primo iba atrás. Bajo el miedo de ser parados por la policía por no tener licencia, la memoria grabó la adrenalina. Cuando salió por primera vez por las calles para entregar comida a desconocidos,

vistiendo la camisa y el gorro negro del aplicativo de comidas, además de volver a sentir esa emoción, Orlando comenzó a dibujar un nuevo personaje de sí mismo.

Se acercó a la Panamá callejera, conoció lugares donde nunca antes había llegado. Descubrió cómo se producen las desigualdades y, sobre todo, la fuerza del abismo social entre las fronteras de una misma ciudad. A bordo de su moto, conoció los interiores refinados de los edificios lujosos que son las vitrinas de quien llega a Panamá en los barrios limpios y modernos, llenos de avenidas anchas y verdes, de Punta Paitilla y Pacífica. Mientras, el mismo día, bajó la vista desde arriba de esos altos y pudo ver en el horizonte, o a veces al lado mismo, casas descascaradas superpuestas a lama e incontable basura.

Se acostumbró a usar la aplicación de mapas. El procedimiento era sencillo: poner en el mapa la referencia y salir a hacer la entrega. La tecnología lo traicionó dos veces. Una vez perdió la señal de internet y sin saber adonde ir entró por una calle desconocida. Estaba en Curundú, la estación fantasma del primer sistema de metro de América Central: la vida no reflejada en los espejados rascacielos del centro.

Se metió sin saber del riesgo. Allí lo esperaban la brillante punta de las pistolas y la mirada rabiosa de cinco hombres. Lo primero que querían saber: qué hacía allí, cómo se había atrevido a entrar. Orlando intentó explicar. Pidió ayuda. Por favor. Suplicó a Dios. Lo dejaron salir cuando el horror lo habitó por completo.

La señal no incluye todos los corregimientos, como los panameños llaman a los barrios. La información allá es cuestión de privilegio. La segunda vez que Orlando se equivocó por falta de internet fue peor. Quería llegar a Obarrio pero estaba en El Chorrillo, un corregimiento cuya paz explotó junto con la invasión gringa en diciembre de 1989 y que nunca se recuperó.

Cuando descubrió el error, eran las seis de la tarde y el sol se escondía. Orlando intentaba buscar salida en el móvil mientras los pandilleros empezaban a rodear la moto. Cuando levantó la mirada, ya eran tantos que no podía contarlos. Los hombres preguntaban de dónde venía. Cuestionaban todo, no importaba la excusa. Para ellos, Orlando era del otro gueto, otro barrio caliente como el de ellos.

I

Lo llevaron a una casa y lo tiraron en una silla. No había comida. Solo más y más hombres entrando y saliendo todo el tiempo. Orlando se esforzó por repetir la historia. Les contó del trabajo, de la señal. Trató de ser lo más fiable posible. Recién a las dos de la mañana lo dejaron ir, previo entregarles 200 dólares.

María es de la provincia de Chiriquí. Tiene el trazado de su árbol genealógico en la cabeza: su tatarabuelo era un español muy rico que manejaba algodón en Colombia, y se enamoró de una esclava. Con ella tuvo su hijo, el abuelo de María, un niño llevado a vivir en Panamá, en el poblado de Cañas Blancas. El abuelo, un hombre que administró parte de la riqueza de la familia, tuvo 38 hijos con cinco mujeres, muchas de ellas indígenas.

El padre de María era un agricultor a quien no le importaba que los hijos estudiaran. Todavía está casado con una ama de casa, hija de una española que valoraba el aprendizaje. Por eso María fue a la escuela y luego a la universidad. Se graduó de ingeniera industrial y ganó así una beca para vivir en Suiza. Estuvo un año y medio afuera. Después, volvió directo a la Ciudad de Panamá. Desde el regreso las comparaciones fueron inevitables y el desorden panameño empezó a molestarla.

María, siempre combativa, usa eso como empuje para luchar por la urbe. Es una de las integrantes más activas de la Red Ciudadana Urbana de Panamá, una organización de vecinos de los 23 corregimientos creada para combatir el caos urbano.

La ausencia de sistema de nomenclatura en las calles, bajo la mirada mordaz de María, es la suma de muchas razones. La herencia indígena de vivir sin ordenamiento del suelo; la costumbre —o mala costumbre— de buscar referencias para todo; la necesidad de encubrir la floja trama económica; y, además, un caso de ego.

En Panamá los gobernantes suelen cambiar los nombres en las pocas vías ya nombradas para hacer homenajes. La Calle Orquídea se convirtió en San Petersburgo porque ahí está la embajada rusa. Nadie fue consultado. Al parque Recreativo Omar Torrijos lo cambiaron a Parque Héctor Gallego, un sacerdote desaparecido en la dictadura del propio Torrijos, para después

I

volver a nombrarlo de Parque Recreativo y Cultural Omar Torrijos. Las afinidades políticas también son una marca urbana en Panamá.

La negligencia con los nombres genera una lista de problemas. Ambulancia y policía tardan en llegar. Hay sangre derramada en cada placa ausente. El registro público no logra contabilizar todas las propiedades, lo que ante el ciudadano común aparece como el escenario para el lavado de dinero y escondrijo del narco, aunque no se compruebe cualquiera conexión entre eso y la realidad. El correo no siempre entrega las cartas. El código postal es leyenda.

María ya no cuenta las veces en que cortaron su iluminación, agua y teléfono por ausencia de pago. Las boletas no llegaban con tanta facilidad sin números y nombres de calles. Antes de la internet, ya que ahora las cuentas llegan por mail, solía deducir el valor para evitar la oscuridad involuntaria. Deducir es indispensable para vivir en esa ciudad.

Orlando dejó de usar la aplicación de mapas. Aprendió que vivir en la ciudad es adquirir memoria. Salió camino al corregimiento de Bethania con la orden: un pollo con papas fritas y biscuit. Llegó a la ubicación a las tres de la tarde, un edificio de esos babilónicos, pero no lograba hablar con el cliente para subir al apartamento. Avisó al restaurante y se puso a esperar, por una hora, el derecho de acceso.

Cuando recibió la señal para subir, tocó la puerta abierta por un hombre de cuarenta y tantos años, visiblemente molesto. Si decir nada el tipo agarró la comida. Antes que volviera las espaldas, Orlando recibió el pollo en su pecho.

—No está caliente. Eres un irresponsable, me dejaste a esperar. ¡Vete, vete!
—gritó el hombre y cerró la puerta, en un golpe de rabia.

Orlando, el niño rebelde, hijo que no aceptaba consejos, tragó aire.

—¡Que tengas una buena tarde!

Fue el cambio definitivo. Agarró la comida y volvió al restaurante.

—En Venezuela, yo hubiera terminado a golpes con él. Pero no quería, ni quiero, ser ese tipo de persona. Pensé y dije: llegó el momento de cambiar.

La mirada que antes era agresiva y cerrada ahora expone un pedido explícito de ayuda, la guardia baja casi rogando un abrazo. Aprendió a protegerse de su caos interior. Logró una nueva identidad.

La ciudad escogida por Orlando pelea por encontrar también su personalidad. El primer informe de la consultoría inglesa es doloroso. De la ausencia de nombres hasta la suma de placas con números, palabras, dibujos, colores y tipología distintas, todo está errado. Hasta que la ciudad misma no sepa para dónde ir, sus habitantes seguirán perdidos en ese laberinto.



Foto: Raphael Salazar.

II

¿Quién vive en los rascacielos?

Por Jesús Díaz

II

En su inauguración la Torre Tornillo fue considerada una de las diez mejores del mundo. Seis años más tarde sigue radiante. Sus vidrios color esmeralda se destacan entre los 421 edificios que convirtieron a la ciudad de Panamá en la “Dubai latinoamericana”. Casi todas sus oficinas son luminosas, amplias y con vista a la ciudad. Del lado de adentro es todo lo contrario. La torre más llamativa del skyline panameño está vacía.

Hay una sola oficina del edificio que no tiene vista a la ciudad ni luz natural. Allí, en un sótano, desde las 8 de la mañana se instala todos los días la joven Yajaira para esquivar las preguntas de curiosos. Su puesto, dice, es de empleada administrativa, pero siempre le toca ahuyentar a entrometidos.

El edificio está semivacío, pero ella lo niega. No puede ser así: trasladarse más de dos horas desde la periferia solo para cuidar de un cascarón que todos fotografían en el exterior sería un esfuerzo inútil. Es mejor creer que diariamente miles llegan a éste y otros edificios inhabitados en un supuesto capitalismo funcional.

—Nos han prometido una cafetería que nunca llega, por eso aún traigo comida—cuenta la chica, de no más de 30 años, mientras se aleja del monitor de su computadora. La hoja de Excel puede esperar poco tiempo. Las cuentas de fin año deben estar listas en tres días, antes del 8 de diciembre, cuando se celebre el Día de las Madres panameño y, ya liberada, salga más temprano de lo habitual.

Aquí las paredes son oscuras y la luz descolocada, lo mismo que su escritorio, que estorba por su proximidad a la puerta y comparte el espacio con una fotocopidora y otros muebles. Yajaira sabe convivir con la incomodidad: es experta en sortear preguntas engorrosas antes de que lleguen a su jefe, el hombre que la sacó del mundo de la hotelería para formar un equipo de sólo dos personas que fingen llevar las cuentas de todo el rascacielos. Lo del comedor es un problema. Ella nunca imaginó lo difícil que sería buscar un lugar económico para alimentarse cerca de la Calle 50, en pleno centro de negocios de Panamá.

II

—Tengo el Soho Mall enfrente. Ahí venden comida, pero, bueno, ya no pienso tanto en eso. Traigo la mía.

Hace bien. En ese centro comercial destacan sus tiendas de lujo —Louis Vuitton, Michael Kors, Hugo Boss— que contrastan con vidrios rotos de la cima de un proyecto que quedó a la mitad. La idea era incluir ahí el primer hotel Ritz Carlton de Centroamérica junto a un casino, pero eso no sucedió porque el dueño tuvo que traspasar todo a los bancos: apareció en la lista negra por lavado de dinero del narcotráfico.

Eso quedó atrás. Una empresa mexicana, dueña de Cinépolis, recién se hizo del lujoso y deshabitado mall que, así, salió del listado.

Yajaira no cree que le vaya mal económicamente. Tiene una jornada de ocho horas y un auto con el que puede cruzar la ciudad durante dos horas más y atravesar el puente de Las Américas, sobre el Canal de Panamá. En total son 13 horas afuera. Su equipo es de dos personas pero están “las otras”. Seis mujeres de limpieza y seguridad con quienes convive diariamente.

Con ellas y su jefe planean pronto una Navidad “de arranque”. Y eso es bueno. Ese día no habrá que llevar esos recipientes de plástico que echan a perder los alimentos si se les encierra por mucho tiempo.

Tendrías que no tener un tornillo para llamar de ese modo a un edificio de 50 millones de dólares; pero la Torre F&F destacó tanto en el skyline de los panameños, que hasta le pusieron ese apodo. ¿Cuántos pisos tiene? 52. ¿Cuánto mide? 236 metros. ¿Cómo se consiguió construirla así? Ni idea.

La estructura de concreto tiene una inclinación de nueve grados en cada nivel, con cuatro balcones pequeños que le dan un efecto de movimiento afianzado con cristales verdes. Es una especie de esmeralda que se desintegra para ascender, presumida, ante todos. Pero no cualquiera puede entrar. Una de las preguntas más odiosas que recibe la chica de seguridad, una de las pocas amigas de Yajaira, es si hay un restaurante o recorridos al interior.

II

—Son oficinas. Nada más. Quizá deberían aprovechar, pero no es asunto mío.

Tampoco es para tanto. Es importante que el distrito financiero dé prioridad a su rubro y se quite de encima a los molestos turistas: esta no es la Torre Trump. Aun así no se pasean hombres de traje, ni se ven autos lujosos. Afuera aparca un Kia promedio tan deslucido como esos tres adornos de Año Nuevo reciclados que han visto mejores fiestas que las de 2017. Hay dos tiendas a los costados de la entrada principal con cristales sucios y papeles en el piso.

El edificio cuenta con cinco elevadores que, según la ficha técnica de la firma Pinzón Lozano & Asociados Arquitectos, son dinámicos pues suben tres metros por segundo. Es mentira: son lentos. Hay que seleccionar el piso y luego esperar tantos minutos que bien valdría subir a pie.

Yajaira y el resto de los empleados tienen prohibido que alguien sepa cómo funcionan los elevadores a menos que trabaje en alguna empresa interna. Para ascender se requiere una “carta de consentimiento” de los dueños. Algo imposible. El empresario Saúl Faskha, propietario inicial y ahora dirigente de un banco, vendió todas las oficinas a inversionistas “panameños, venezolanos y de otros países”. Se dice que cada nivel puede tener hasta cuatro dueños.

—Sólo hay dos pisos desocupados: el 15 y el 38 —explica Yajaira titubeante, mientras mira su computadora.

A la joven no le desespera la penumbra de su oficina. Lo que le exaspera es que los visitantes insistan en recorrer el edificio, por eso no pasan 20 minutos para que los despida con cualquier pretexto.

Al salir del sótano, la luz toma forma rumbo a los elevadores. Es como una epifanía: todo se revela. No son para nada lujosos. Y además de lentos, tienen una falla: si alguien baja en un piso que no es el suyo y toma la escalera de emergencia, puede iniciar un paseo libre. Las puertas se abren desde afuera; nunca se bloquean. Eso invita a arriesgarse, a subir, y hurgar en cualquier recoveco. Incluso los que están prohibidos.

La puerta de emergencia está semiabierta. Yajaira pedirá más tarde una explicación al encargado de seguridad del porqué alguien rompió las reglas

II

para descubrir piso a piso su secreto máspreciado.

Hace más de tres siglos, el obispo Lucas Fernández de Piedrahíta construyó la primera edificación de altura, de 27 metros: la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, en pleno Casco Viejo, la parte colonial de la ciudad.

Desde entonces la mirada horizontal se volvió imposible: Panamá quiere superar los 500 edificios. Para algunos la elevación se justifica por los negocios que deja el Canal de Panamá, aunque la población es de sólo cuatro millones de habitantes y su densidad de 49 kilómetros cuadrados por persona. En el mundo utópico de un solitario, se podría vivir a las anchas casi 50 kilómetros sin ser molestado. ¿Para que construir hacia arriba?

La mayoría de los edificios están vacíos: lo dicen las luces, siempre apagadas en muchos, y la aritmética básica. En el taxi y bares panameños hay quien habla de inmuebles habitados por fantasmas.

Los menos desconfiados arguyen que hubo gente que con el boom inmobiliario panameño compró metros cuadrados a bajo costo con la esperanza de que subieran de precio; algo que no ha sucedido. El resultado es un sinnúmero de construcciones con dueño pero sin uso.

También hay quien dice que es lavado de dinero aunque no dan datos concretos. Los medios locales hablan de 24 investigaciones abiertas en este país por corrupción que involucra a la constructora brasileña Odebrecht; y que la filtración en los famosos Panama Papers de la firma de abogados Mossack Fonseca dejó al descubierto decenas de desvíos de empresas offshore, inexistentes.

La avenida Balboa no huele bien. Caminar a 30 grados por la vía principal de la cinta costera es extenuante y esa especie de lodazal que se forma en la arena de mar junto a la nueva pista para correr apesta a pescado del día

II

anterior. Nadie hace ejercicio hoy junto a esos autos ruidosos y rascacielos interminables.

Más vale vivir arriba, en la cima. El edificio Yacht tiene caminadoras a 196 metros de altura y una alberca que rodea toda su periferia. Los olores no llegan ahí, lo saben dos hombres y una mujer que trotan a buen paso. Y ese otro que disfruta el jacuzzi el martes por la tarde.

—¿Quiénes son ellos?

—Fantasmas —dice Meyvis, una joven que se dedica a la venta de departamentos en la zona—. Empresarios. Gente de negocios y dinero. La mayoría extranjeros. Los panameños de dinero viven en mansiones.

La mujer ha aprendido mucho desde su primera venta, hace tres años, cuando trabajaba para la empresa Hevica Realty. La discreción es algo que valora todo comprador en Panamá; más si está desembolsando de trescientos a seiscientos mil dólares por hogar.

En realidad la palabra “hogar” es demasiado cálida. La mayoría de los departamentos constan de una recámara o dos. Los compra en especial gente soltera, dispuesta a disfrutar sin tapujos de una bañera rodeada de cristales.

Los cuartos tienen paredes de vidrio que les regalan amplitud. Lo mejor son sus acabados de lujo: terrazas con asientos, mesitas y tazas de té. Lámparas de diseñador, muebles minimalistas y cuadros de cierta abstracción que combinan bien con las paredes y con quienes divagan sin nombre en la cima: ahí donde casi no llega el ruido de la Balboa.

Juan Carlos Varela, el presidente de Panamá, vive con su familia en las Torres Miramar, un edificio a unos cuantos metros del Yacht.

Nadie cuestiona su decisión. Al contrario: sorprende. Las Miramar tienen cancha de tenis y una casa para pájaros en la que podría caber un águila, pero los edificios están un poco más desgastados que los de alrededor.

Sólo una cantante local, Sandra Sandoval, se quejó del mandatario durante

II

un evento al que fue invitada por el Ministerio de Salud, que incluyó una feria con carrera, yoga y música. El acto sólo duró 30 minutos. “Creo que le estábamos haciendo mucha bulla aquí al lado de su edificio. Mil disculpas señor presidente”, posteó sarcástica en Instagram. El ministro de Salud le respondió del mismo modo. Le agradeció el silencio por “respeto a los habitantes del área”. Ese incidente ocurrió hace dos meses, en octubre de 2017.

Casi nadie imagina cómo se las arregla el presidente. Mucho menos Joshue, el joven que trabaja en la recepción de las Torres Miramar. Es tan buen celador como Yajaira.

—Es su casa. Su decisión de vivir aquí es algo que no me cuestiono. Muchas personas viven en los edificios y todos privilegian el espacio privado.

Lo importante para él es resguardar el lugar y verse bien. Alto, delgado, moreno, usa gel para que el cabello se pegue a la piel y no parezca rizado. Es el único hombre en todo el entorno que luce un traje oscuro, armonizado con una corbata roja, sin importar los 30 grados centígrados. Hoy el presidente ni lo saludó.

Un turista estadounidense llamado Will se toma una foto frente al exagerado título del “Trump Ocean Club International Hotel and Tower”, y es buena idea porque en unos meses quitarán el nombre del presidente de su país. La iniciativa se dio luego de que, en noviembre pasado, NBC News, Reuters y la organización Global Witness publicaran una investigación que deja ver cómo narcotraficantes habrían comprado parte del edificio.

—A mí no me gusta mi presidente. Me avergüenza —comenta el hombre de 45 años.

Subir al transporte turístico acompañado de su madre, cruzar la congestionada avenida Balboa para llegar al rascacielos más grande de la ciudad y tomarse una foto no es coherente con su pensamiento “antipresident”. Pero acá la coherencia no es una regla.

II

La Trump mide 284 metros y cuenta con 47 suites, spa, piscinas, casino, tiendas, restaurantes, boutiques y hasta una isla con playa privada.

Entre sus acreedores destacó el colombiano David Murcia Guzmán, quien compró al menos diez espacios antes de ser condenado por lavado y estafa. Otro, Alexandre Ventura Nogueira, admitió la venta de decenas de suits a narcotraficantes y miembros de la mafia rusa.

La Casa Blanca ha aclarado que el presidente de Estados Unidos sólo puso su nombre en alquiler, y todo indica que no le dolerá quitarlo. Esa torre siempre le ha traído problemas, como cuando la inauguró, en julio de 2011. Le llovió. Parecía un océano improvisado.

—Take care —dijo el magnate húmedo, resguardado en su camioneta a la que llegó con la ayuda de un canal espontáneo, imposible por el hedor de las napas. Fue gracioso porque hablaba solo; los demás cuidaban no mojarse.

Yajaira se siente abrumada haciendo cuentas de fin de mes. Alguien debería decirle que hay una fuga de agua en el piso 45: “cloc, cloc, cloc”, un sonido que volvería loco a cualquiera si no fuera porque en el lugar nunca hay nadie.

Ella mentía. No son dos, sino muchos más los pisos sin gente en la torre Tornillo. Deshabitados, once niveles —47, 46, 45, 41, 38, 37, 36, 31, 25, 21 y 15—. Semivacíos, con una o dos oficinas, hay otros once: 40, 34, 29, 27, 24, 23, 18, 17, 16, 14 y 13 (los inferiores son de estacionamiento). Llenos, sólo quince.

Alguna vez alguien se tomó un café en el 54, donde está la fuga. Lo dicen las cuentas de cable que no se pagaron (se deben 660 dólares) y un mapa de Latinoamérica en la pared que perteneció a una empresa de bienes raíces y tiene escrito el irónico lema: “Riesgo de crédito”.

El 38 no tiene un alma, como dijo Yajaira. Quizá lo recordó porque está sin terminar, en obra negra; es casi imposible que alguna vez haya albergado

II

algún tipo de establecimiento. El suelo es llano y las cuatro entradas de cristal resguardan polvo de mucho tiempo. Las puertas no tienen marcas visibles pero hay pisadas sin rumbo en una especie de suelo lunar. Seguir ese camino, el de las huellas, sería ocioso; es mejor contemplar la vista: a la derecha, la avenida Balboa con sus onerosos edificios, incluida la casa del presidente. A la izquierda, la zona de Punta Pacífica con su Torre Trump.

Lo más sorprendente del nivel 38 es la manera en la que aísla el ruido. El silencio molesta porque es absoluto. Seguro que alguien se detuvo frente a esos cristales, ahora sucios, y escuchó, o creyó escuchar, los latidos de su corazón a un ritmo contrastante con la quietud de una ciudad llena de secretos.

La torre llega hasta el nivel 47 —los cinco superiores son para soportar una antena y el sistema de aire acondicionado— también abandonado pero más bello que el de piso lunar. Tiene suelo de mosaicos marrón y dos baños insuficientes para sus trescientos metros cuadrados.

Otros niveles necesitan atención urgente. El del “cloc, cloc, cloc”, pero también el que hizo “crac”: el 41, con un gran cristal roto. Desde adentro, los pequeños autos se difuminan al pasar por esa grieta, como si cayeran a un abismo. Visto así, es mejor que se mantengan inmóviles en el tránsito, como siempre.

No todo el terreno es árido. Una mujer limpia la puerta de emergencia del 30, cerca de unas fastuosas letras con la leyenda de una empresa de telecomunicaciones, BDM. De hecho, ese sería el piso más representativo de la Torre F&F en el imaginario colectivo, porque combina bien con la fachada: sus lámparas son tan llamativas como los cristales esmeralda.

Dos pisos parcialmente llenos tienen oficinas de productos de Disney. Ahí un Mickey Mouse pintado se oculta detrás de la salida de emergencia. Es el ratón clásico, el blanco y negro, que sostiene la puerta amarilla con un gesto de sorpresa o timidez: esconde parte de su rostro para no ser visto. Si en internet algunos nombran al Tornillo “innovación arquitectónica”, “edificio destacado”, en vivo podría ganarse otro título: “el lugar en el que Yajaira encontró la paz en soledad”.

—Siempre me preguntan si no me siento sola. Y no, yo salgo. La hotelería no me permitía hacer nada. Es mucho. Ahora estoy bien aquí.

II

Ella sabe y, como muchos, calla. En Panamá los hoteles tienen más huéspedes que las torres.



Foto: Iván Bernal Marín.

III

Pescando a orillas del Canal

Por Iván Bernal Marín

III

A las 4:20 María Vásquez vuelve a la orilla para contar cuántos peces logró atrapar. Todavía no amanece y el mar le sirve de espejo al cardumen de edificios que se alza a su alrededor. Las luces de la costa acarician su bote, que baila en el muelle del Mercado de Mariscos. Es el último de una jornada de descarga. “Ese toro enamora’ de la luna”, canta la radio del que recibe su carga.

La morena de 55 años y 17 nietos trae hoy 16 cajas: unas 1.600 libras de carnudos abanicos de colores listos para el cuchillo y la olla.

—¿Querías más?

—Mamá, dijiste que eran como 40 canastas —le responde Carlito Guzmán, su distribuidor de confianza.

—Si estoy trayendo y tú estás vendiendo y vendiendo... por eso es que no las ves.

Es la madrugada del 7 de diciembre de 2017. Su esposo Abraham, de 67 años, la espera en casa. Está retirado. Su hijo Abraham, de 18 y flaco como una caña, es quien sale ahora a batirse en el mar. Juntos, suman al registro oficial de más de 1.800 pescadores a orillas del Canal de Panamá, país que debe su nombre a un vocablo indígena que significa “abundancia de peces y mariposas”.

Abraham hijo despliega los pescados como cartas de póker en una mesa de madera. Clasifica así los frutos recolectados en tres días y tres noches en el océano Pacífico.

Las luminarias de algún vehículo aparecen encandilando en el horizonte cada 10 o 15 minutos. Un brillo oscilante, de faro, recorre las caras. Esta es quizá la única hora en que la movilidad funciona bien. No hay tranques. Media ciudad sigue inmersa en la profundidad del sueño. Aquí, la faena empezó a las 12 de la noche. Y apenas va por la mitad.

El reguero de cajas, tanques, mesas y básculas artesanales conforma una

III

especie de arrecife que invade más de un carril de la vía que bordea la costa. El mercado es un punto de inflexión en la avenida Balboa, la frontera entre el Casco Viejo y la Panamá moderna.

El olor salado del pescado se mezcla en la nariz con el vaho metálico de la gasolina.

Megahoteles, megabancos, megacentros comerciales, megaconjuntos residenciales dominan el panorama del centro panameño. Tanto, que ya casi no dejan espacio para los barrios de casitas humildes de sus pescadores. En los rincones, a la fuerza, hacen su vida las familias que ponen las delicias del mar en los platos de los turistas; los que alimentan con su labor anónima a esta plaza con alma de pulpo.

Dos Tortugas en el mercado

Una cadena de oro le secciona el cuello y la espalda a Carlito Guzmán. Treinta y ocho años, calvo y corpulento, cualquiera podría tomarlo por una Tortuga Ninja caribeña; quizá Donatello.

Empieza la negociación, el tira y afloje con María Vásquez. Los precios varían según la abundancia del día. Hoy pagará 1,25 dólar por libra de sierra, y un dólar por libra de cojinúa, lo que más le ha llegado. Las pilas de pequeños rombos tornasolados se tiñen de destellos anaranjados con el alumbrado público. Ahmed, el hermano menor de Carlito, se encarga de la contabilidad y el manejo del dinero. Es igual pero más alto, con un caparazón más ancho, vestido de rojo y con cara de haber pasado la noche en vela por una rumba de vecinos a la que no lo invitaron. Vendría siendo Rafael.

—Esto es un negocio de familia. Lo comenzó mi tío. Todos somos pescadores.

A las 5 de la madrugada las luces de carros y camiones se hacen más frecuentes, y sus pitos más cercanos. Emma del Mar es una de las compradoras en el Mercado de Mariscos. Camina entre cestos con bolsas en las manos. Sus dos hijas, Justine y Ayelis, toman café con leche al borde

III

de la calle. Se ríen con el viejo que se los vendió. Él empuja un carrito de mercado con siete termos. Tenazas babosas asoman cuando habla, como si un cangrejo viviera atrapado en su boca. Solo le quedan dos colmillos. Les cobró un cuarto de dólar por cada vaso a las niñas de 10 y 12 años.

Ellas están acompañadas por su papá, Agustín Menacho. Él pidió uno “bien fuerte, bien bien negro”. Trabaja en construcción, en la instalación de paredes en edificios. Su esposa Emma fríe pescados y los vende en su casa en el barrio la 24 de Diciembre por seis dólares. “Un plato de marisco mixto, pescado, patacón. A eso se le gana”, dice. Ella compró siete dólar de corvina y él, un filete de robalo para prepararlo para el almuerzo.

La pareja encarna dos actividades productivas que contrastan en el PIB de Panamá. La construcción es el sector de mayor crecimiento. Se acerca a tener un peso del 15 por ciento en la economía nacional y mueve más de nueve mil millones de dólares al año. La pesca, en cambio, viene en caída libre. Pasó de representar un 3 por ciento del PIB en 2003 a un 0.4 por ciento en 2016. Son unos trescientos cincuenta millones de dólares al año, sumando la artesanal y la industrial.

A Emma y Agustín eso los tiene sin cuidado. Solo están preocupados por los 50 minutos, o más, que les va a tomar llegar hasta su casa en carro. Sobre todo si se siguen demorando más de lo debido por estar respondiendo entrevistas en plena calle.

Isla urbana

Miguel Rodríguez Urriola no puede evitar bambolearse al hablar. Ha pasado media vida en el mar y es como si la tierra se le hubiera quedado moviendo. Cuando empezó a navegar tenía 14 años. Para salir de la ciudad le tocaba remar contra las olas, con toda la fuerza de sus dos brazos. Ahora tiene 64 años, y tanto la suya como las otras 39 embarcaciones registradas en Boca La Caja cuentan con motores.

Encuentro a Miguel sentado a la entrada del barrio, tomando cerveza. Acaba de llegar de una faena de seis días en el mar. A su lado, permanece inmóvil un motor de lancha de hélices destartaladas. Y un aire acondicionado

III

oxidado, que ya no le baja la temperatura a nadie.

Sin dejar caer la botella, hace el gesto de lanzar un trasmallo imaginario. Y dice:

—Todo esto eran casitas de madera.

Más allá de una fábrica de aceite vegetal, rodeado de edificaciones que se lanzan hasta las nubes, sobrevive uno de los últimos barrios de pescadores. Late lento dentro de una urbe de concreto que se expande rápido, en medio de un corregimiento de grandes desarrollos inmobiliarios llamado San Francisco. Luego de recorrer el Mercado de Mariscos los vendedores me recomendaron venir aquí, si quería saber cómo viven los cultivadores del mar.

Por las calles de Boca La Caja no caben carros. Está al nivel del mar, por debajo del nivel del tráfico. Aunque hay suficientes antenas como para asegurarse de que la señal de televisión no tenga problemas en atravesar la muralla de rascacielos alrededor. Es una lлага en el paisaje de opulencia citadina. Entre sus residentes hay 120 que derivan su sustento de la pesca, como Miguel. Son los últimos pescadores panameños netamente urbanos. En torno, la ciudad creció, y trata al barrio como a una herida a la que le hace falta sanar. La huella de un pasado pobre.

Los moradores mantienen un largo pulso con el Gobierno, empresarios y políticos. No quieren vender sus terrenos, a menos que les den cuatro mil dólares por metro cuadrado. Un avalúo catastral hecho por entidades del estado reconoció apenas 90 dólares por metro. Son frecuentes las visitas de agentes inmobiliarios o funcionarios tomando medidas que nadie quiere que tomen. Inversionistas ven una perla allí abajo, entre las conchas de casuchas viejas: tierra sin construir. Quizá los últimos pedazos en el centro de Panamá.

—Ahora ha cambiado el sistema. Es mejor. Antes cogías el producto y no había salida. Hace 25, 30 años, te pagaban 10, 15 centavos la jornada.

—¿No hay menos peces, y más gente pescando?

—Claro... No hay abundancia. Pero hoy el producto está saliendo y vale más. Lo vendes a restaurantes. Lo exportas. A veces la marea está mala —se marca la yugular con la uña más larga— y hay que ir de nuevo. Sin negocio no hay vida.

III

Los mares de Panamá se llenan de faroles en la noche. Si pudieras observarlos desde el aire, verías lanchas como la de Miguel flotando como pequeños puntos de luz. No muy lejos de los buques y cruceros que parecen edificios acostados en la oscuridad.

Baterías y bombillos son piezas claves para pescar a orillas del canal. Porque si no te ven, cualquiera de los barcos gigantes que haga tránsito entre el Atlántico y el Pacífico te puede llevar por delante. En su faena en altamar, Miguel enfrentó además la lluvia. Se fundieron las olas estallando y las ráfagas frías. Por dos noches fue como sobrevivir en una lavadora de ropa, me dice, ya relajado. Se refugió en una cabina de varillas y telón impermeable. Vacío agua con un balde y colgó las lámparas alto, con un palo de bambú.

—El camarón de mar no es como el de criadero. Tu coges una gallina y la puedes amarrar y echarle maíz. Pero en mar, psss. Agarra una langostina y lo mete allá para ver si no te muerde. El otro, el de criadero, no tiene sabor. No es como el del mar.

—Es decir, tú comes de lo que pescas.

—Ombe, cómo no. Uno se come primero cinco o seis langostinos, antes de vendelo. Son así —se señala la mitad del antebrazo—. Del mar al plato.

Miguel muestra el muelle, en el extremo final del barrio. Cuatro tipos que no sonríen ni responden saludos trabajan una red en la orilla. Cortan nylon, jalan, tensionan, martillan sobre un tronco. Gallinas corren entre callejones que se van estrechando. Casas de tonos rosado, aguamarina o zapote se aprietan y forman un laberinto de balcones. Los decoran líneas de ropa colgada. No se puede mirar al cielo sin dejar de ver alguna torre de apartamentos escudando las nubes, detrás de las láminas de zinc de los techos del primer plano. Allí se localiza una de las cuatro asociaciones de pescadores artesanales registradas en Ciudad de Panamá.

Desde Boca La Caja pueden verse dos ciudades en una. Muchos prefieren una Panamá de criadero, no la de mar. Una incubada en el postcapitalismo, rebosante de inversiones de extranjeros evasores de impuestos y sociedades de papel. Una que huela a perfume del primer mundo, y no a pescado del tercero. Una que no muerda.

Las entrevistas y el tour se acaban de súbito. Los cortan los manotazos de

III

un joven descamisado y de pelo rapado, con ojos de robalo congelado. Tatuajes le trepan al cuello. Una cruz le brilla en el pecho. Salió de la nada. Esta no es zona de turismo.

—Muchachos, ustedes son sabios —dice—. Si van a hablar algo háganlo allá arriba. Nada de estar tomando fotos por aquí. Salgan.

Lo dice con ese cierto tono que nadie rechaza. Boca La Caja está clasificada por las autoridades como “zona roja”. De poco sirve decir que eres periodista o lo que sea. El pescador Miguel, sin embargo, no ve problema en seguir hablando en el borde de la loma. Hasta que otra voz sube el volumen de la advertencia.

—Hey, ¡saca ya a esos manes de aquí!

El grito lo lanza otro joven de gorra negra, barba tipo candado y ojos de garfio. Se para detrás de un carro. Sus manos no se ven. Solo asoman el pecho, los brazos y hombros, fibrosos y tensionados. Mantiene la boca abierta y la mirada sin parpadear. Es como si una versión seria de Mario-Balotelli-celebrando-un-gol-con-rabia se hubiera fijado en ti. Miguel calla, y de un manotazo nos indica que nos larguemos. Ya no hay caso, es hora de irse.

Amanecer

“¡Aquí les tengo pa’ los pobre, pa’ los humildes, pa’ limpiar!” Grita a las 5:20 a.m. un indígena de camisilla y gorro de nieve, en el que se lee “Jordan 23”. Los vehículos forman ya un río de bocinas y rugidos de motores a espaldas del Mercado de Mariscos.

Con una mano extiende el pez, con la otra lo raspa, igual que un salsero atacando una guacharaca en una orquesta. Va apilando las corvinas limpias en una mesa, en pleno carril derecho de la vía. A los carros solo les queda el izquierdo. Una brisa sacude todo cuando pasan acelerando.

“Trabajamos en medio del peligro. Qué tal venga un loco y pum. Puro terrorista es el que trabaja aquí”. Se identifica como Alciviades “Escarbante”.

III

Viene de la isla de Ailigandi, donde está su comunidad, Guna Yala. Mete en una bolsa los 11 pescados que acaba de raspar por 1,60 dólar. Los deja listos “para que lo meta en su plato de comida ya” y les quita el buche. Con esos desperdicios prepara medicina contra el cáncer.

En los últimos años, se ha desembarcado en el país un promedio anual de 250.000 toneladas de pescados. Sumando anchovetas, arenques, orquetas, atún, tiburón, langostinos, carabalí y fidel de la pesca industrial, con pargos, sierras, corvinas, cojinúa, camarones, pulpos y cangrejos de la artesanal. Esto es lo que consta en los censos de la Contraloría General, pero hay mucho que se queda por fuera, sin reportar.

—En la cocina, en los restaurantes, es que es caro —dice la pescadora María Vásquez, al pie de su carga—. Aquí es barato. Pal’ pescador es barato. Revendiéndolos es que va saliendo eso.

Ella sabe que las sierras que trajo serán cada vez más caras, en la medida que se alejen del fondo del mar. Las variantes gourmet pueden llegar a costar hasta 30 dólares el plato en los restaurantes del Casco Viejo, a tan solo 10 minutos. Aquí, en la bodega de Carlito Guzmán, lo pesan y lo apilan por montones, como largos y gruesos bates de béisbol metálicos.

6:00 a.m. Los carros alrededor se van haciendo lentos. La noche y su ajetreo se escurren en las manos de la cotidianidad y sus trancones. Una camioneta con insignias gubernamentales lanza un llamado con un megáfono: “¡Ubíquese donde no comprometa la seguridad de los demás!”.

Panamá no solo disfruta de dos mares, también de dos soles; uno emerge del Pacífico y el otro se enciende en las fachadas de sus rascacielos.

Los agentes del Servicio de Protección Institucional decretan el fin de la jornada a las 6:30 a.m., cuando llega la mañana y la luna se escapa del mar. Los oficiales retiran a los pescadores de la vía, corren básculas y mesas hacia adentro de los puestos de venta. María y Carlito se repliegan junto con sus cajas cargadas de sabrosura. Pelicanos se bajan de los techos a darse un festín con los restos en el piso. Rojo y dorado estalla en las nubes.

Se levanta la persiana metálica del primer restaurante en la plaza, en la cara frontal del mercado, la que da al malecón y al mar. Las palmeras se menean coquetas con el arpegio acústico de otro clásico de los abuelos, de

III

los pescadores. “Toditas las noches cariñito me la paso en vela mi amor... en ti pensando... y por ti sufriendo”.

La radio no ha dejado de sonar en el local de Carlito. De este lado toma el nombre de ‘Econofish’. Por 15 dólares sirven allí un pargo frito, crocante. El precio no incluye la disputa de tierras que libran sus productores contra las grandes constructoras, ni la tensión con las autoridades por ocupar el espacio público en las madrugadas. Lo que sí trae es patacones y ensalada de lechuga. Lo demás no le importa a nadie.



Foto: Mauricio Valenzuela.

IV

El metro y una estación fantasma

Por Mirelis Morales Tovar

Los diablos rojos dominan las calles de la Ciudad de Panamá. Son unidades escolares con más de 40 años que van veloces tocando corneta, esquivando carros, frenando en seco como reflejo del desespero de quienes intentan salir del tranque. Un joven guindado en la puerta, a quien todos llaman ‘pavo’, grita la ruta. Un vendedor ofrece boletos de lotería. De fondo reguetón, mucho reguetón. Todo aturde en la avenida 3 de noviembre y el calor no ayuda. El metro parece la única vía de escape. Bajar sus 18 metros de profundidad es entrar a otra ciudad: silenciosa, ordenada, rápida. Sobre todo rápida. Llegar a Albrook desde la estación 5 de mayo toma un par de minutos. Dos estaciones. O una, porque sin aviso el metro se pasa de largo la parada intermedia señalada en el mapa, dejando a Curundú como una estación fantasma.

Estación Albrook. Final del recorrido. Se ruega abandonar el tren.

Una masa de gente sale de la estación. Su nombre recuerda aquel 9 de octubre de 1989 cuando 11 militares fueron asesinados al intentar sacar a Manuel Antonio Noriega del poder. Pero la memoria colectiva es traicionera y relaciona más Albrook con un centro comercial que con una hazaña de la historia.

Quienes salen de aquel tren —teñido de los colores patrios, blanco, rojo y azul— van todavía inmersos en la calma que se siente dentro del vagón. En la ciudad subterránea nadie se mira y pocos hablan. Cada tanto se escuchan por los parlantes las normas de uso. El mensaje se reitera por la pantalla de los televisores, donde la figura del árbitro mundialista Roberto Moreno les enseña cómo comportarse. Todos acatan: llevan audífonos, ceden los puestos, no cruzan la raya amarilla. Nadie se atreve a ser un infractor: saben que hay cámaras, policías y que cualquier violación puede costar hasta 700 dólares. Una dinámica demasiado nueva para quienes concebían el caos como única forma de moverse por Ciudad de Panamá.

—Cuando lo inauguraron me dio miedo montarme —dice Alberto Rivera, un impresor de 65 años que viaja todos los días desde la estación San Miguelito.

IV

—Yo esperé que el presidente Martinelli y sus ministros usaran primero el metro, antes de subirme. No confiaba. ¿Y si estaba mal hecho? Lo más parecido al metro que teníamos en Panamá era el tren que va a Colón. Aquí nos movíamos en los diablos rojos. Y eso es un desastre. El metro ha sido un avance tremendo. Lo único bueno que hizo Martinelli.

Ese viaje inaugural del que habla Rivera se realizó el 5 de abril de 2014 a las 6 de la tarde. Arrancó en Albrook y recorrió las primeras 12 estaciones hasta Los Andes. Fue un acontecimiento. Ministros, empresarios, invitados especiales, medios de comunicación. Todos se subieron al primer metro de Centroamérica. Ni los panameños se lo creían. Ningún gobierno había hablado de la posibilidad de construir un metro en Ciudad de Panamá. Si acaso, un monorriel. Pero a un año de haber comenzado su gestión, Martinelli arrancó con las obras. “Quiero ser recordado como la persona que transformó el sistema de transporte de Panamá y mejoró la calidad de vida de los panameños”, dijo en noviembre de 2010.

El mandatario no contó con que pasaría a la historia como un corrupto por ordenar la compra con sobrepuestos de comida deshidratada, por abultar el presupuesto de obras públicas —incluyendo el metro— y por interceptar el teléfono a más de 150 personas, lo que condujo a su detención en Estados Unidos por petición del gobierno panameño.

—Después del Canal de Panamá, el Metro es lo mejor que se ha hecho en este país.

La frase no es de José Fernández, pero la repite como si fuera suya. La escuchó de un compañero de trabajo de la Autoridad de Aseo Urbano y Domiciliario de Panamá, donde ambos trabajan como barrenderos. Durante la conversa la suelta como un pensamiento aislado. Pero su opinión está cargada de significado, pues habla mucho del ser panameño. La mención al Canal no es casual. Nacer en Panamá es llevar el Canal tatuado en la piel.

Es el pasado del protectorado gringo —Estados Unidos dominó tres cuartas partes del territorio nacional para construir y administrar el Canal y sus zonas aledañas—. Es la soberanía que conquistó Omar Torrijos —el general que asaltó el poder en 1968 con la intención primordial de

IV

recuperar el Canal, causa que finalmente conquistó con la firma de los tratados Torrijos-Carter, en 1977—. Es el presente que distancia a este país centroamericano de sus vecinos y el futuro de la ciudad. El Canal es todo. Todo. Aporta recursos, genera empleo, atrae turistas. Es un orgullo nacional. Por más de 100 años, Panamá ha recortado los tiempos y los costos del comercio internacional. Un siglo impulsando el crecimiento de los países desarrollados. Sin darse cuenta que había vida más allá del Canal.

—El negocio fue la razón de ser de esta ciudad —afirma el urbanista Álvaro Uribe—. La planificación se hizo para mejorar el clima de la rentabilidad. Por eso la ciudad se llenó de vehículos. El metro es la primera inversión que se hace para la gente que no tiene carro. Eso es un gran giro.

Hoy más de 280 mil panameños usan el metro a diario. Demetrio Chen está entre ellos: tantea el camino con su bastón blanco y avanza. En Albbrook sale del vagón y camina rumbo al puente que comunica hacia la terminal nacional de transporte. Es pleno mediodía. Pasajeros van, pasajeros vienen. Pero él se mueve como un baqueano. Durante su estancia en Caracas viajó muchas veces en el subterráneo, activo en esa ciudad desde 1983. Así que dentro del Metro de Panamá siente que podría ir solo si quisiera, pero no está permitido. Un trabajador del sistema identificado con su camisa azul celeste lo espera al salir del vagón para ofrecerle su brazo y guiarlo. Va seguro, pues conoce bien las 14 estaciones de la Línea 1. Sabe que son ocho subterráneas y seis elevadas, a partir de la estación El Ingenio. Que a la derecha siempre va a conseguir la escalera mecánica que baja. O que el ascensor está al costado de los torniquetes. El joven que lo asiste se despide y él le agradece el gesto.

—Yo soy independiente, ando con Dios y con los ángeles.

Un glaucoma congénito hizo que Demetrio perdiera la visión de su ojo izquierdo al nacer. Con el paso de los años el derecho se vio afectado por cataratas y presión alta. Hasta que el nervio óptico se atrofió y a los 22 años quedó ciego. Ahora el mundo llega a él a través del olfato y el oído. Los aromas que expiden los platos de las fondas que abarrotan las aceras de Ciudad de Panamá y entran por las ventanas de los diablos rojos le sirven de punto de referencia. El olor a pescado lo orienta hacia el Mercado del

IV

Marisco y el mismo mar lo lleva a la Cinta Costera. Los pavos que vociferan las rutas, siempre le han sido útiles en las paradas de autobús.

—Cuando comenzaron a operar los Metrobus, en 2010, quedamos aislados de la ciudad porque esas unidades van con aire acondicionado. Con el metro es otra cosa, siempre sabes cuál es la siguiente estación. Y no hago cola para tomar el autobús a la salida del metro. Ya ves, no es tan malo ser ciego.

La terminal de transporte nacional de Albrook es punto de partida de las rutas que van a la periferia de Ciudad de Panamá —Arraiján, La Chorrera, Tocumen— y al resto de las provincias del país —Veraguas, Chiriquí o Darién—. Allí cientos de diablos rojos aguardan la llegada de los pasajeros. Desde lejos se reconocen por sus colores vivos, los retratos que adornan su carrocería y sus escapes que se elevan por la puerta trasera como colmillos. Son unidades viejas que han esquivado las amenazas de los gobiernos de quererlos extinguir.

Los panameños los odian, pero no tienen otra opción. Al salir del metro, saben que sólo el más apto es quien sobrevive. Aquel que pone a prueba su fuerza para subirse a un bus en hora pico. Aquel que tiene paciencia para aguantar largas colas y tomar un metrobus, que le acerque a algún punto distante de la Línea 1 o aquel que logre convencer a un taxista para que lo lleve a un costo de 2 dólares por persona —seis veces más de lo que costaría un viaje en tren— a las zonas aisladas de la ciudad, como Curundú, donde no llega transporte público.

El mapa de la línea 1 del metro de Panamá tiene trazadas 14 estaciones. Que se resume en una extensión de 16 kilómetros y un tiempo de viaje de aproximadamente 26 minutos de un extremo a otro. Entre las estaciones Albrook y 5 de mayo, se lee claramente la palabra Curundú. En algunos casos el nombre está tapado con papel adhesivo blanco, como quien corrige un error.

—Curundú es una estación fantasma —dice José Cho mientras pega la cara en uno de los vidrios del vagón y busca rastros de aquella estación que nunca abrió.

IV

Pocos usuarios se percatan de ese salto entre Albrook y 5 de mayo. Todos van con la cabeza sumergida en sus teléfonos, cual avestruces. José, en cambio, se conoce muy bien el mapa que guía el trayecto. Desde mayo de 2016 lidera un proyecto fotográfico llamado La Ruta del Metro, que busca documentar los dos mundos que habitan en Ciudad de Panamá desde que comenzó a funcionar el subterráneo.

Es un conocedor de la ciudad. La camina desde que era niño porque su mamá hacía la mayoría de los recorridos a pie y él la acompañaba. Así que ha evidenciado los cambios. A sus 28 años la ha visto crecer. Llenarse de rascacielos. Cubrirse de polvo con cada demolición. Abarrotarse de vehículos. Colapsarse con cada lluvia. Y modernizarse con la llegada del metro.

—La ciudad se me hizo grande y más fácil. Con el metro he llegado a barrios que nunca había conocido, como San Miguelito, Pan de Azúcar.

—¿Conoces Curundú?

—Una vez entré con apoyo de la policía. Pero no he vuelto.

Muchos panameños se enteraron de la existencia de Curundú a partir de un video que se viralizó por redes, en el que una curundeña desafía en cámara al periodista estrella de la televisión local Álvaro Alvarado por haberlos llamado parásitos. La mujer lo reta a visitar ese sector y a conocer la realidad que allí se vive.

En el corregimiento de Curundú, en pleno centro de la ciudad, entre los elegantes barrios de Ancón y La Cresta, viven hacinados más de 19 mil habitantes en un área de apenas 1,1 kilómetros cuadrados. La mayoría son negros. Algunos inmigrantes. Otros, indígenas de la etnia Guna.

Los visitantes no son bien vistos. Un extraño poco tiene que buscar en Curundú, a decir verdad, porque de turístico no tiene nada. No hay rascacielos. Tampoco casonas coloniales. El que entra se topa con pequeñas casas hechas de madera, cartón y zinc, levantadas sobre pisos de tierra. Bloques de cuatro niveles con paredes sucias y grafitadas. Parques desmantelados, carros inservibles, patios cubiertos de desechos.

Curundú huele a basura, a cloaca.

IV

Alguna vez fue un territorio tomado por la droga y una zona de enfrentamiento entre bandas. La policía asegura que se ha calmado y los vecinos también. Pero la violencia está latente. Se respira, se siente. En la mirada de los pandilleros. En la actitud de quienes fuman marihuana a escondidas. En el mensaje que se lee en la puerta de una casa pidiéndoles a los vecinos que no roben nada.

Pese a la baja criminalidad, la mala fama aún persigue a los curundeños.

—La ciudad margina a Curundú por la fama de ser un lugar violento — dice José—. Abrir esa estación representaba un avance para esa gente. Y no darles respuesta les hace sentir que no se lo merecen.

Todos anhelan la puesta en marcha de la Línea 2 y la Línea 3. La primera conectará la ciudad de este a oeste, desde San Miguelito hasta Felipeillo. La siguiente, partirá de la estación Albrook y recorrerá Arraiján, Nuevo Chorrillo y llegará hasta Ciudad Futuro.

Los curundeños, mientras tanto, seguirán esperando la llegada de la modernidad a su corregimiento. Aquella que le prometieron traería el Proyecto Curundú —que cambió las barracas por bloques de cuatro niveles— y la inauguración de una estación de Metro. Sin embargo, el traslado del Mercado de Abastos a otro sector nunca se concretó. Y a tres años de la activación del sistema, sigue sin solución.

En Curundú nadie sabe qué pasó. Cuando se les pregunta, responden con resignación. “Si no se abrió, sería por algo. Igual, nadie reclamó”, comenta María Moreno, quien tiene un puesto de comida en ese corregimiento y, al lado, un cúmulo de basura sumergido en aguas negras.

—¿Por qué nadie protestó?

—Porque en Curundú —dice Dina Luz Morillo— estamos acostumbrados a vivir sin transporte.

Final del recorrido. Se ruega abandonar el tren.



V

**Ya no se gana,
pero se goza**

Por José María Torrijos Legazpi

Leo Goldfarb está parado en el centro del escenario. Mira con resignación al puñado de gente que se reunió para revivir los años dorados de Océano, la banda que hizo bailar a toda una generación. Sabe que son poquísimos, que no vale la pena profundizar la herida contándolos. Toma un sorbo de cerveza e ignora que la tarima está en la mitad de una cancha de fútbol que la lluvia convirtió en lodazal.

Desde el principio sabía que ese show era una apuesta arriesgada: un evento al aire libre en pleno mes de diciembre —cuando la lluvia siempre es una amenaza y en un escenario no tradicional— podía terminar así. Se dio cuenta de que no estaba equivocado en cuanto bajó la batería de su Seat León y vio el panorama.

La Sociedad Española de Beneficencia, el lugar donde se organizó el concierto, no está en el top of mind de la gente. Anclado en toda la entrada de Hato Pintado, un barrio de calles anchas y dúplex color melocotón para la clase media acomodada, el club social y deportivo que es solo para españoles o aquellos con ascendencia de la madre patria está lejos de sus años de esplendor. Se ha convertido en ese lugar familiar al que se va por costumbre, no ese lugar pritty al que todos quieren ir para estar en something. Con tanto tranque y alejado del centro de la ciudad, uno se piensa dos veces el ir por esos lares.

—¡Tío, vine a verlo tocar! —le dice un muchacho que se le acerca a Goldfarb, quien agradece el gesto, aunque sabe que es una mera cortesía.

El público está conformado por las esposas, los hijos y los amigos de los integrantes de Océano y de la banda que encabeza el cartel: Egresos, un grupo cuyos miembros son banqueros, ejecutivos, dueños de pymes y otros que se reúnen en su tiempo libre a tocar todo tipo de música; desde rock clásico hasta música disco, salsa dura y éxitos de los Combos Nacionales.

Treinta años atrás Océano era la banda más famosa de la ciudad de Panamá. Acababan de editar Conga Rock, LP que incluye sus más grandes éxitos y con el que marcaron hitos en la historia del rock nacional: alcanzar el número uno en el hit parade de seis emisoras simultáneamente, lograr un contrato con una disquera internacional y estar de gira durante seis meses por México, tocar ante 20 mil personas en El Campín de Bogotá y compartir escena con artistas como Los Toreros Muertos o Miguel Mateos. En 1987 Océano era la banda que todos querían ver en escena.

No importaba la compleja situación social del país: siempre había lleno completo cuando la banda se presentaba en Magic, un lujoso local de dos pisos enclavado al principio de la calle 50, una de las avenidas donde la Cruzada Civilista, el grupo opositor a la dictadura, organizaba sus manifestaciones contra el régimen militar. En 1987, la gente solo se juntaba en esa área por dos cosas: la política o la rumba. Magic era el lugar más glamoroso y de estatus. Los Océano eran los amos del sitio.

Era tanto el éxito de la banda, que el dueño de la discoteca construyó una tarima especial para que Leo Goldfarb y su batería pudieran sobresalir por encima del resto de la banda y estuvieran a la vista de las mil quinientas personas que ocupaban los dos pisos de Magic cada vez que tocaban.

En aquellos años, cuando dominaban las discotecas móviles, que un grupo de músicos aglomerara tanta gente era inusual para cualquier género. Ya la salsa ni los combos lo lograban, aparte de la música típica en provincias, ese era un lujo que solo el reggae en español —movimiento musical que había nacido apenas unos años atrás— se permitía.

Y Leo Goldfarb, desde lo más alto del escenario de Magic, lo sabía. Siempre llegaba en taxi, acompañado por su compañero de grupo, el conguero Zito Barés, cada uno cargando sus instrumentos, a la carrera. Se bajaban del auto y se encontraban con cientos de jóvenes esperándolos, haciendo fila para entrar. Goldfarb disfrutaba cuando todas las muchachas les coqueteaban, les pedían un beso o un autógrafo. Disfrutaba cuando los muchachos les chocaban los cinco, los saludaban y terminaban abriéndoles paso para que pudieran entrar más rápido.

Océano era lo más power de la escena local, el único y más importante grupo del rock nacional. Por eso, Goldfarb, entre canción y canción, se premiaba con un sorbo de cerveza —en escena solo tomaba Panamá porque era su forma de demostrar que ser panameño era su orgullo—. Un sorbo de cerveza mientras veía a todos esos jóvenes que coreaban cada verso, se reían con las ocurrencias de la banda, y se les entregaban por completo.

El episodio de la Sociedad Española de Beneficencia es solo uno de tantos. Quizás haya sido de los peores, pero no es el único. Un día antes, la banda tocó en el bar de un hotel y, a pesar de que fue una buena presentación, la asistencia no fue la esperada: solo llenaron la mitad del salón.

Aunque el espacio no los termina de convencer, los bares de los hoteles son los lugares donde más toca Océano. Las discotecas son terreno de la juventud y dejaron de ser una opción desde hace buen tiempo.

—Vamos a tener que buscar una forma de proyectarnos. Es muy difícil llegar al público de nuestra edad, porque son muy complicados para acudir a un evento. Todo tiene que estar muy programado para que vayan. La gente tiene familia, casa en la playa, clientes, viajes, compromisos, mil otras cosas. Todo cambia cuando te casas. Te desconectas.

Leo no oculta la nostalgia por el tiempo que fue. Los 80 fueron su época dorada. A pesar de todos los intentos de Océano por revivir los años de gloria, el frontman de la banda sabe que es en vano.

—Lo hacemos porque nos gusta tocar. Hay mucha camaradería, amigos en la música. Los buenos tiempos nunca van a volver. Ya no es el mismo high de cuando éramos pelaòs. Tocar en vivo era lo máximo. Todos los lugares donde tocábamos se llenaban, las hembritas, tú sabes.

Aunque tiene 52 años, Goldfarb se viste como un adolescente: gorra de beisbol para tapar la calvicie, camiseta blanca ceñida al cuerpo, jean deslavado y roto, zapatillas de última moda. A la víspera del Día de la Madre, el centro comercial Multiplaza está en plena ebullición. Gente que viene y que va por todos lados, con bolsas de mercancía, llevando los

regalos para las mamás, esposas, suegras y demás. Leo aprovecha la ocasión para observar a cada mujer que pasa frente a él.

Algunas mujeres responden a sus miradas con sensualidad, otras lo observan con dureza, el resto ni se percata de que hay alguien que las ve con detalle.

—Disculpa, es que es difícil concentrarse con tanta hembra buena que hay aquí, ¿de qué estábamos hablando? —dice Leo Goldfarb con una sonrisa pícara, tras darse cuenta de que perdió el hilo de la conversación.

Los adolescentes y veinteañeros rebeldes de los años finales de la dictadura son los adultos de traje y corbata de hoy. Son los oficinistas, banqueros, dueños de medianas empresas, y gerentes de grandes compañías. Incluso son la clase política que gobierna el país.

Desde las alturas, la ciudad de Panamá aparenta haber evolucionado hasta convertirse en una metrópoli de casi un millón y medio de personas que muchos llaman el “Dubai de las Américas”.

Ya en la superficie se nota que las cosas se mantienen igual. Las vialidades y las tuberías siguen siendo las mismas que se construyeron para cuando la población era de medio millón de habitantes. Eso explica por qué en Panamá ya no hay horas pico, el tráfico siempre es caótico, y por qué las aguas negras se desbordan por todos lados.

La ciudad de Panamá sigue siendo tan desigual como siempre. El hogar de los hombres más ricos de la región, quienes viven en exclusivos barrios cerrados construidos sobre manglares y vertederos, que tienen como vecinos a las personas más pobres del área, quienes viven en improvisados “barrios brujos” con casas de zinc y calles sin pavimentar frente al mar.

De 7 de la mañana a 4 de la tarde, el guitarrista Pitongo se convierte en otro. Es el licenciado Servio Tulio González y ocupa su lugar como subdirector de la subdirección de Asesoría Jurídica del Instituto Nacional de Cultura (Inac). En el Instituto algunos saben que “el licenciado” es músico. Pocos saben que le dicen Pitongo ni mucho menos conocen su trayectoria.

—Si le preguntas al grupo por qué seguimos tocando, hay opiniones divergentes —dice Pitongo—. Yo me siento contento. No me frustra hacerlo para solo cinco personas. Los honorarios son simpáticos y sirven para llevar al pelaò al McDonalds y darle sus gustos a la señora.

A pesar de su cargo, el Licenciado González no tiene despacho propio. Solo posee un escritorio en una habitación donde hay otros cuatro o cinco funcionarios. Para la entrevista, que concede inmediatamente después del primer contacto, “porque no hay mucho que hacer en estas fechas”, pide una oficina prestada.

Ya en privado, en cuanto se cierran las puertas, como un señor Hyde del trópico, surge Pitongo. Poco a poco aparecen las anécdotas y las reflexiones sobre los años de gloria y el destino del grupo.

Pitongo intenta dar la impresión de que no le mete mucha mente al tema, pero el subconsciente lo traiciona y queda en evidencia que ha reflexionado mucho sobre qué fue lo que pasó.

—La vez pasada le pregunté a Leo cuántas veces tocamos al año y, en promedio, en los últimos dos o tres años, estamos tocando 10 o 12 veces, es decir, una vez al mes. La mayoría son toques pagados. ¿Cuántos grupos, inclusive de los que están pegados, pueden decir que tienen ese ritmo de trabajo? —se pregunta Pitongo y, por ahí mismo se responde—: En realidad, ninguno.

—¿Eso era lo que ustedes querían cuando iniciaron con todo esto?

—Bueno... —como buen abogado, Pitongo (¿o Servio Tulio/ Jekyll en este momento?) reflexiona muy bien lo que va a decir—. Uno, por supuesto, quiere el máximo éxito posible dentro de las circunstancias que nos toca vivir.

A medida que avanza la charla, progresa la transformación y cada vez hay

más Pitongo y menos Licenciado González. Entonces, las respuestas son más espontáneas y empiezan a surgir otros motivos de peso en el destino del grupo como, por ejemplo, las diferencias creativas y de personalidad provocadas por la brecha socioeconómica entre los miembros de la banda.

“La felicidad consiste, principalmente, en conformarse con la suerte; es querer ser lo que uno es”, decía Erasmo de Rotterdam. Pitongo siempre tuvo clara cuál era su suerte y la abrazó con gusto. Además de funcionario y padre de familia, a sus 56 años Pitongo es locutor de radio y tiene una banda de covers. Los sábados se reúne con fanáticos y amigos para “jammear y beber”. Quizás suene a poco, pero eso es lo que él quiere.

—Vengo a presentar nuestro nuevo LP, el primero de Océano en seis años —decía Leo en cada entrevista promocional de ‘Aunque sea tarde’, el último álbum que sacó la banda, en 2009.

—¿LP? —preguntaban, sardónicos, los entrevistadores.

—¡CD, CD! Nuestro nuevo CD —aclaraba, apenado, Leo.

Tres décadas después de aquel boom, los lugares para tocar son pocos y pequeños. Los escenarios del presente se llaman Teatro Amador, en Santa Ana; Piña Calavera, en la avenida B; o El Sótano, en la avenida Federico Boyd, por mencionar algunos. Un toque es un éxito si llegan 120 personas y, aunque la inflación es mayor y el dinero vale menos, se procura cobrar entre 5 y 10 dólares por entrada. Si pides más, es porque el boleto incluye el nuevo CD de la banda que se presenta. Juntar a mil quinientas personas en una disco ya no se trata de un toque. Ahora es un concierto, y solo lo logran los artistas consagrados, generalmente provenientes del extranjero.

Los escenarios de antes, obviamente, no existen. Donde estuvo Magic, hoy hay un cabaret de lujo llamado Elite. Mucho menos sobrevivieron los locales pequeños y underground de la época como Groucho, Las Malvinas o Ceviches Place. Después de la Invasión, el rock nacional volvió a caer en un bache que no se superó hasta mediados de la década de 1990 cuando el movimiento empezó de cero otra vez y tomó un segundo aire. En el camino, quedaron una gran cantidad de músicos y proyectos de la década de 1980. Entre esos, Océano.

Zito Barés ríe cuando lo llaman “centurión de la noche”, pero se molesta cuando se le insinúa que algunos lo consideran un “abuelo de la rumba”.

—Yo solo tengo 55 años y dos niños pequeños, no soy abuelo —aclara tajante.

Conductor de un programa de radio desde hace 16 años, líder de una orquesta de covers donde también toca Pitongo. A pesar del paso del tiempo Zito sigue viviendo de la rumba.

—La vida nocturna de hoy es más divertida que antes, porque hay más gente y más escenarios. Antes solo tocabas en Magic o en Bacchus. Estaba Grouchos, pero el dueño no quería pagar, por eso nunca tocamos ahí. Yo soy músico, pero no estoy en el ambiente musical per se, yo soy rumbero. Hay gente que dice que el tiempo pasado era mejor, y no: hay cosas de hoy que son mucho mejores que las de ayer.

—¿Lo de Océano es una tragedia?

—¡No es una tragedia! A mí me hubiese gustado ser millonario con Océano, pero no se dio. Mi vida ha transcurrido como un remanso de alegría y felicidad. No he tenido problemas graves, gracias a Dios.

Zito vivió en Miami y trabajó para los Estefan, giró por Europa como músico de la orquesta de Roberto Blades y vivió en Perú. Ahora asegura que jamás abandonará Panamá.

—Amo la ciudad de Panamá, no la cambio por ninguna. Aquí todo es más sencillo, no hay ese canibalismo social como en otros países. Aunque cambiamos socialmente con la Invasión, nos queda algo de ingenuidad. He ido a otros lugares, he vivido ahí y siempre digo “esto está bien, pero no”. A Panamá no la cambio por ninguna.

Termina la frase, apaga el cigarrillo y toma sus cosas para regresar a la emisora y comenzar su programa. Justo antes de irse, se voltea y pregunta: “¿De verdad soy el más positivo del grupo? No puede ser que yo sea el más positivo sobre esto”.

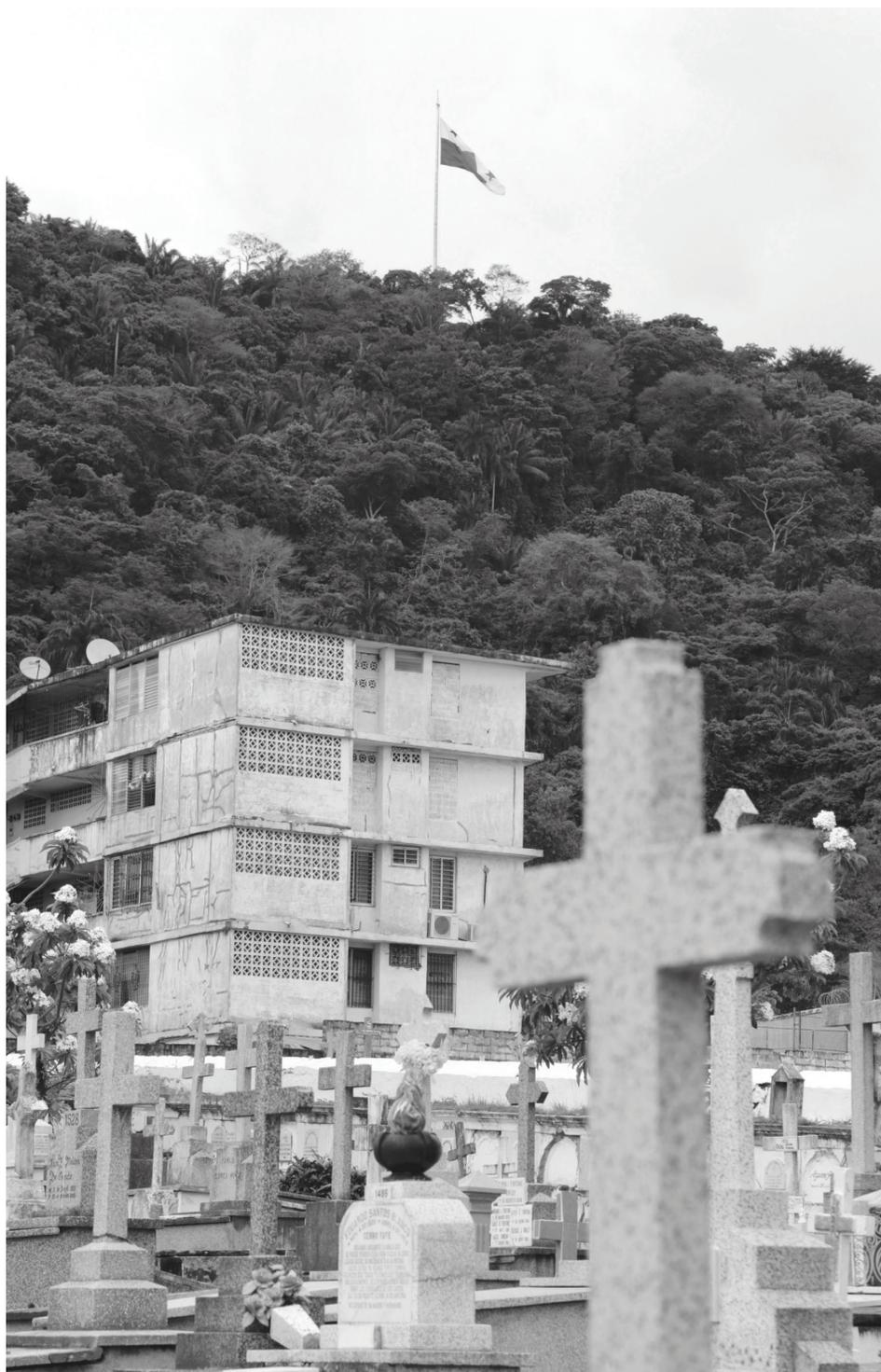


Foto: José Alberto Yau Hernández.

VI

La Invasión en ruinas

Por María Gabriela Baigorri

VI

En el sueño de su madre, Mario Alberto Ballesteros aparece vestido de pantalón y suéter, tendido en el fondo del mar Caribe. Se lo llevó el mar, supo ella desde la primera vez que se le apareció así. La última vez que lo vieron con vida fue el 20 de diciembre de 1989, el día de la invasión norteamericana. En 1999 el Tribunal Electoral entregó a la familia una fotocopia que dice que el joven de 20 años está muerto por una causa que “no consta”.

Desde que recibió la noticia, Susana Salguero repite el mismo ritual cada lunes: sirve un vaso de agua fresca y enciende una vela. “Quisiera encontrarte”, repite. En el retrato en blanco y negro, su hijo lleva el uniforme blanco de la Marina. Según la creencia popular, las ánimas toman agua. Ella se ríe y dice que a veces nota que disminuye la cantidad.

A Susana no le gusta el agua. Ni la del mar porque le queda lejos, ni la del río porque inundó su barrio una vez. Nunca quiso que su único hijo varón estuviese en un barco. “Le dije ‘no papi, no te embarques, no quiero que te vayas’”. Por eso el joven hizo a escondidas los cursos para entrar en la Marina.

Lo último que Mario Alberto dijo a su mamá antes del ataque fue que algo había pasado. Salió apurado de la casa del corregimiento Juan Díaz porque lo habían llamado antes de tiempo para reintegrarse a su trabajo en la base naval de Colón. Y ya no supo nada de él.

La noche del bombardeo, a las 12.05 sonó el teléfono en la casa de los Ballesteros. La familia dormía. Alguien que no conocían dijo que el joven estaba a bordo de una lancha cuando todo comenzó y que no se preocuparan porque él lo buscaría. Susana trabajaba en una fábrica de galletas. No tenía vecinos, compañeros de trabajo ni amigos que tuviesen un hijo desaparecido. Algunos le dieron el pésame, pero la mayoría no volvió a mencionar el asunto. “El panameño es cada quien en lo suyo. Si no es lo suyo, más nadie. Siento la indiferencia, pero no puedo con la humanidad”, dice.

VI

Nunca supieron qué pasó con él, cómo murió. La ausencia se volvió invisible. La de un número no determinado de vecinos de la ciudad, también.

La Comisión 20 de diciembre de 1989 —creada por el Gobierno panameño hace dos años y que tiene entre sus misiones esclarecer el destino de los desaparecidos— citó a Susana para tomarle muestras de sangre en noviembre de 2017. Pretende analizar el ADN y ver si coincide con el de restos que puedan aparecer, como los encontrados en una fosa común del cementerio Jardín de Paz.

Ella no tiene esperanzas. Le gustaría tener adónde ir a hablar con él, a rezarle. Y que él la pueda escuchar mejor. El cementerio que queda cerca de su casa, quizás.

Susana vive sola en las afueras de la ciudad de Panamá y ya no asiste a las reuniones ni marchas. Las comisiones de familiares de los desaparecidos pelearon durante décadas contra la indiferencia. Ahora, volvieron a reunirse esporádicamente. Susana concurrió al anuncio de las actividades por un nuevo aniversario de la Invasión, en la sede de la Universidad de Panamá. Allí recordó su historia.

Sus hijas y su ex esposo viven en California, Estados Unidos. Ella sonríe apenas ante la paradoja. No guarda ningún rencor a ese país, dice, ni por llevarse a su hijo ni a sus otras dos hijas. El padre de la familia huyó porque no soportó la tristeza y ellas, para buscar trabajo. Mira a la distancia la conferencia de prensa, mientras relata cómo es su cotidianidad, su soledad.

Susana no festeja desde que su hijo desapareció. No hay Día de la Madre, cumpleaños, Navidad ni Año Nuevo. Sus otros familiares se reúnen y ella cocina jamón, ensalada y arroz con pollo. Luego se encierra en su cuarto.

El Chorrillo no queda lejos del centro de la ciudad de Panamá. Muchos lo dan por muerto, pero la barriada está bastante viva. Como las caderas de las vecinas que caminan por sus calles sucias o los gallos atados con cadenas

VI

que se provocan de balcón a balcón. Como la memoria de los chorrilleros.

A las 10.50 del día de la invasión se cortó la luz en el barrio. ¡Boum! La primera explosión movió las paredes y quebró los vidrios de las ventanas de las casas más cercanas al cuartel principal de las Fuerzas de Defensa, cuerpo militar del dictador Manuel Noriega.

¡Boouum! Al segundo estallido le siguieron detonaciones y disparos en la oscuridad del barrio ubicado entre los pies del cerro Ancón y la Cinta Costera.

Isaías Blades (39) se apura en aclarar que nada tiene que ver con el músico Rubén “Bleids”, en un inglés forzado, como los panameños nombran a su coterráneo. Está sentado en la esquina de su puesto de venta de pescado frito, en la vereda frente a un imperceptible monumento a los caídos de la Invasión. Señala con el dedo índice que aquí nomás el Batallón de la Dignidad —agrupación civil armada norieguista— tumbó con morteros un helicóptero enemigo. Es mediodía y el olor a fritanga se vuelve tentador. Está convencido de que los “gringos” atacaron el 20 de diciembre de 1989 no para atrapar a Noriega, como cuenta la versión oficial, sino para que el entonces presidente norteamericano George Bush “pruebe armas de guerra”.

Isaías tenía 10 años y vivía con su abuelo, porque su mamá tenía otros cuatro niños a los que alimentar, también con la venta de pescado. Después de los primeros impactos, las balas se colaron en las casas. Él y su abuelo corrieron para refugiarse en una iglesia.

—¡Me debes un dólar!

Sale del relato y reclama al cliente que lleva pescado con arroz. Enrolla y desenrolla un bollo de billetes. “Mañana”, le responde el deudor. Cerca, una mujer escucha con atención la historia mientras come plátano.

Se arrastraron por el piso.

—El que levantaba la cabeza estaba muerto.

Vio a sus vecinos y a sus amiguitos heridos o despedazados por las tanquetas. La comensal deja de masticar un segundo y frunce los labios.

VI

Reniega de los panameños que imploraron la Invasión: a nadie le importó qué pasó después en su barrio, que se llevó la peor parte. Madres y padres sin hijos, viudas, viudos y huérfanos por doquier. Tan poco le importó al resto del país que en dos décadas no pudo contar los muertos, recuperar los cuerpos de los desaparecidos ni ocuparse de los vivos.

Los Blades no celebraron esa Navidad. Con miles de chorrilleros, pasaron cuatro meses refugiados en un cuartel de bomberos en el barrio de Balboa. El predio fue cercado. El Gobierno los amontonó luego en viviendas sociales ínfimas. Muchos fueron desplazados a otros puntos de la ciudad como Nuevo Chorrillo, Felipillo, Santa Teresita, Las Mañanitas.

—Para todos los laos. Se fueron para reconstruir sus vidas, pero mucha gente no sabe dónde están sus familiares.

Isaías pudo reconstruir su vida y retomar el negocio familiar. No todos tuvieron la misma suerte. Cecilio Simón, el director del medio digital Bayano, lleva años investigando lo sucedido. Habla de los 20 mil niños y niñas que podrían haber quedado huérfanos.

—Presumo que fueron alimento de las pandillas —dice.

El distrito de Arraiján, a 12 de kilómetros de la ciudad, albergó al grueso de los desplazados de El Chorrillo. Es la zona de mayor avance de la delincuencia violenta, según Isaías. Las pandillas tendieron un manto protector sobre las víctimas que hoy tienen entre 28 y 40 años. En su cátedra de metodología de la Investigación de la Universidad de Panamá, Cecilio Simón tuvo un alumno particularmente brillante. El joven confesó que era expandillero y que estaba apadrinado por una banda para estudiar.

—Aquí todos los días son 20 de diciembre —dice el barbero Edgardo Morales, de 49 años.

Golpetea una conga (tambor) al ritmo de una salsa panameña. Canturrea una estrofa. “Como me gusta mirar los barcos en la bahía, como me gusta mirar, mirar los barcos en la bahía. Que saben que fuiste mía ¿Quién sabe adónde estás?”. La Ne-graTo-ma-sa. Silabea el nombre de la cuenta de

VI

Facebook del bar donde se presenta de noche. Al lado, un hombre de barba blanca y anteojos negros lo acompaña con una guitarra eléctrica.

El suyo es uno de los pocos negocios de El Chorrillo. De barbería sólo tiene una pileta, espejos, sillas en hilera y algunas navajas. El freezer, las frases de autoayuda pegadas en la pared, los instrumentos y algunos trastos desconciertan.

Los demás cerraron después del ataque porque no pudieron reponer lo saqueado y porque nadie tenía un centavo para comprar. Nunca volvieron a abrir. “El Gobierno no hizo nada. El Canal produce mucho billete. Con un barco tienen para pagarle lo que se dañó a todo el mundo aquí”, lamenta Edgardo.

Entre lo que se dañó están las casonas llenas de balcones. Las habitaciones —con baño compartido— se alquilaban a familias numerosas. Las pocas que quedaron en pie se van cayendo de a pedazos. Unos edificios cúbicos con ventanas pequeñas e iguales reemplazaron a las que quedaron en ruinas. Allí fueron a parar una gran cantidad de familias cuyas casas quedaron hechas montículos de mampostería y madera. La mayoría estaba ocupada por afrodescendientes que llegaron para la construcción del Canal.

No hay vestigios del cuartel norieguista. En el terreno, que ocupa casi una manzana entre la calle 25 y la avenida A, hay una escuela y dos pequeños oratorios cubiertos de cerámicos y de flores de plástico. Era una de las zonas centrales de la barriada. Desde allí se ve “La 15 pisos”, quizás el edificio más alto del lugar. Cuentan los vecinos que un intruso sin compañía local no puede subir demasiados pisos sin ser detectado por una temible banda que se ocupa de castigar la intromisión.

La violencia también se metió entre las calles destruidas: las pandillas mandan cuando oscurece.

Oswaldo Lay tiene 69 años y es tipógrafo jubilado. Muchos de sus conocidos murieron aquel 20 de diciembre. Sintió mucho miedo de que lo mataran. “Es que con el machete, Noriega les dijo ‘vengan, vengan’ y los gringos dijeron ‘Ah, ¿sí? ¡Ahí vamos!’”. Todavía imita a la perfección el sonido de las metralletas. Alude así a uno de los discursos antiimperialistas que el dictador dio blandiendo un machete en 1988. Tras ser atrapado, Noriega estuvo preso en Estados Unidos, en Francia y Panamá por crímenes contra

VI

la humanidad y por narcotráfico, entre otros delitos, hasta su muerte en 2017.

La memoria también quedó grabada en el arte. Con acrílicos, sobre una lona e inspirado en el Guernica de Picasso, el pintor Ricardo Jaime De Freitas trazó varias figuras. Las exhibió en noviembre pasado en la Universidad de Panamá, donde se planeaban los actos para un nuevo aniversario del acontecimiento.

Los balcones de El Chorrillo, una especie de Tío Sam verde devorando el país, un burro blanco “oligárquico” celebrando y una bolsa llena de cadáveres oculta bajo tierra. El artista fue uno de los primeros en pintar la Invasión de esa manera. Empezó su obra una semana después del bombardeo.

Desde el edificio en el que vivía vio los fognazos en el horizonte, el dolor. El artista sostiene con vehemencia al lado de su cuadro más emblemático que quien ha vivido bien y no ha sufrido no puede ser sensible. Él sí es sensible, dice. Lagrimea. Fue un niño asmático que no podía jugar ni correr. El padre, un ecuatoriano que iba detrás del sueño americano, abandonó a la madre, a él y a su hermano.

Se acostumbró a la soledad y al dolor. A pensar. Vivió en la miseria, desalojado de casa en casa. Su mamá armaba coronas funerarias en la empresa de una mujer española muy rica. Las manos agujereadas por los alambres con los que ataba las flores y los pies podridos por la humedad. Un salario demasiado bajo. Para comer hacía la tarea de sus compañeros de escuela a cambio de monedas. Con uniforme roto y sin dinero para los libros, tuvo después que salir a trabajar. Pudo ir a la universidad y militó contra el imperialismo. Sufrió. “Soy sensible”, repite.

A los días del ataque pasó por Chorrillo y sentía el olor a muerto. Dulzón, nauseabundo. Las casas estaban humeantes.

—El que vivió esto —dice entre lágrimas— no lo puede olvidar.



Foto: Mauricio Valenzuela.

VII

Centavito

Por Irma Oviedo

1

Fernando Solís estaba en el aula arreglando un tablero, en un colegio público en la ciudad de Panamá.

—¡Ahí está el indiecito gay! —dijo en tono de burla un compañero—. ¡Ahí está el niño centavito! ¡Ay levántate, modela, modela!

Fernando Solís agachó la cabeza. Apretó los labios. No dijo nada. Siguió con su trabajo. Se le formó un nudo en la garganta. Quiso llorar. Lo evitó.

—¡Respétalo a Fernando! —gritó su mejor amiga—. ¡Respétalo a Fernando!

“Respétalo”. Repitió la palabra en voz baja una y otra vez. Con esa palabra Fernando Solís, o Nandín, como decidió llamarse más tarde en honor a su abuelo, tuvo la primera noción de no tolerar la ofensa y discriminación ciudadina por su opción sexual.

Tenía 17 años y ahora pasaron más de veintiséis de aquel día. Nandín está sentado en el sofá de su casa. Cruza las piernas y cuenta que es una indígena de la comunidad Guna. En términos occidentales podría ubicarse en algunas de las letras del movimiento LGBTI, aunque ninguna termina por definirlo del todo. En términos de su pueblo, se la llama Omeguid: un lugar ambiguo entre los géneros hombre y mujer. Ella se autodenomina Lidereza Omeguid Guna, porque desde 1.989 trabaja en la visibilización de la dualidad.

VII

2

El Dios Guna creó el cielo y la tierra. Los primeros pobladores fueron tres hermanos; Ibeogun, Giggadiryai y Wigudun. Los tres llegaron a la tierra al principio de la humanidad. Eran los encargados de educar a los humanos.

—No solo se creó al hombre y mujer —explica Nandín—, también aparece la ambivalencia con Wigudun, es un alma de dos espíritus. Es la dualidad, género masculino y género femenino, en una sola persona. Wigudun es una Omeguid.

Ibeogun, el hombre, enseñó a cazar, cosechar. Giggadiryai mostró cómo administrar el hogar. El otro hermano, Wigudun, hacía el trabajo de ambos, desde cuidar a los niños, coser molas (artesanía) y hasta cazar, según la mitología que corre de boca en boca desde tiempos ancestrales.

Si bien Omeguid es una palabra de tinte despectivo, la sociedad Guna los respeta. A los 12, cuando Nandín le contó a su madre sobre su identidad, la aceptación fue inmediata.

—Siempre supe que era transexual —dice—. Yo creo que eso es natural. Es algo normal.

3

El pueblo Guna habita un territorio de 2.340,7 kilómetros cuadrados a orillas del mar Caribe. Allí no existe la discriminación o el rechazo.

—Me presento así mismo sin miedo, sin tabú, no como el miedo occidental —dice Nandín.

Mientras habla abre la mano y la baja desde la cabeza hasta la cintura para mostrar los rasgos indígenas, el pelo largo hasta los hombros, la piel morena, la remera gris y el short negro que le queda holgado:

—La comunidad LGBTI se tiene que esconder de su personalidad. Yo me presento abiertamente y la comunidad me acepta. El reto es luchar contra la discriminación, hacer que esta identidad sea ejemplo que hay tolerancia y respeto.

VII

En la cultura matriarcal de los Guna, cuando un niño tiene características de Omeguid recibe educación para ser una mujer y encargarse de las tareas domésticas: hacer mola —la artesanía del pueblo— y cuidar a los niños. En la adolescencia suelen escapar rumbo a la ciudad para intentar fundirse con los rascacielos, el asfalto, los bocinazos, el mar, el caos, pero chocan de frente contra la discriminación.

—La mayoría viene a los 15 años a estudiar y se sienten discriminadas. Cuando migramos empezamos a adquirir las prácticas de las diversidades de las ciudades, empezamos a travestizarnos, a tener cabello largo. Vamos adquiriendo comportamientos de la comunidad LGBTI. Nosotros tenemos una mentalidad femenina, somos como mujeres. Nos dimos cuenta que aquí son diferentes. Vemos con asombro y nos asustamos, entonces volvemos a Guna Yala.

En la ciudad se empiezan a maquillar los ojos, pintar los labios, vestir pollera o blusas con escote. Esa práctica de occidente se rechaza en la comunidad indígena:

—No es que no me guste, está bien, están en su derecho, si quieren así okay. Las mujeres Omeguid travestidas son mal vistas en Guna Yala porque están llevando prácticas foráneas. Si van a Guna Yala vestidas de mujer les quitan el vestido y les cortan el cabello.

Una Omeguid adopta los oficios que se le suelen atribuir a las mujeres, pero su aspecto sigue siendo ambiguo. Es hombre y mujer a la vez, no una sola figura.

—Muchas personas han estado en esta etapa y se dejan ahí porque no han sido empoderadas como yo —dice Nandín—, como fui empoderado. Recorrí el mundo, vi a la gente luchar por su vida. Si no estuviera empoderado ya me hubiera ahorcado, muchas se vuelven locas.

Nandín sueña que el dedo acusador de la cultura de occidente deje de apuntar a una Omeguid porque es una identidad de género diferente.

—Me da igual que me llamen ella o él.

VII

4

El poblado en el que vive Nandín, Veracruz, se impone entre el mar y el cerro. Azul y verde. La Lidereza Omeguid Guna reside allí desde 1.979, en la comunidad Koskuna, que está ubicada al otro lado del Canal de Panamá, en la provincia Panamá Oeste.

En esta zona se asientan aquellos que migran de la Comarca Guna Yala, expulsados para buscar trabajo en las ciudades. Nandín cuenta que migró de la selva a la ciudad para intentar sobrevivir. Hace 40 años vive allí junto a su familia: padre, madre, tres hermanos y siete sobrinos. En su juventud residió en Colón, Nuevo Chorrillo y el centro de la ciudad de Panamá. Iba y venía de ciudad en ciudad, dice.

Hoteles de lujo, pescaderías, comedores y una colina con casas de todos los colores caracteriza a Veracruz, la localidad de los pescadores y de Nandín. Militares por doquier y barreras de controles contrastan con las mujeres Gunas que recorren la urbe vestidas con polleras coloridas, con aros de oro en la nariz y pulseras en manos y piernas.

Nandín cree que en Veracruz viven 10 Omeguid, otras 20 en Tocumen. Se estima que 300 habitan todo el país, según un censo. Una Omeguid se reconoce como mujer y es consciente de la masculinidad —según Solís.

El sobrenombre “centavito” marcó su infancia. Es un apodo que carga con una discriminación por partida doble; ser indígena y Omeguid. La moneda de un centavo de Balboa, dinero panameño, tiene plasmado el rostro de un indígena Urraca, un guerrero, un héroe, un macho. Los discriminadores usaban la palabra centavito para llamarlo de manera despectiva. Ahora le da gracia:

—¿Cómo te llamaban?

—¡Centavito! —responde y se ríe.

El apodo se convirtió en una anécdota que desnuda la discriminación que se vive en los suburbios de Panamá. Las voces detractoras de vecinos, compañeros del colegio que le dicen indiecita, india gay, centavito, resuenan en sus recuerdos pero ya no le producen tristeza.

VII

—Yo veía esa discriminación del mundo occidental, los vecinos se burlaban de mí, me decían niñita, indiecita. Yo me iba llorando. A los 10 años empecé a sentir eso, cómo me señalaban y se burlaban de mí. Con el tiempo crecí y mi mamá me matriculó en un colegio católico. ¡Ay, qué tortura! Esa era la peor cosa.

5

En la mañana del 22 de setiembre del 2016, Nandín se desvaneció. Se fue la luz, se le apagó. Estuvo 45 días en terapia intensiva por un derrame cerebral. Despertó y no recordaba ni su nombre, ni a su madre. Intentó escapar cuatro veces del hospital. Tuvieron que ponerle custodia policial. De a poco logró recordar todo lo importante. Ahora tiene una nueva batalla: una de sus piernas quedó afectada y se niega a dar pasos firmes.

La habitación es amplia, con un ventilador, una cama y muebles ubicados en desorden. Orgulloso muestra las credenciales de los congresos y seminarios en los que participó en América del Sur, Central, España, Suecia, América del Norte y Europa.

El trabajo en la oficina en las organizaciones no gubernamentales y la tarea del hogar quedaron atrás, al igual que sus amores. No le gusta hablar mucho de ello, tal vez pudor, tal vez porque en su tradición una Omeguid no tiene permitido asentar una vida de pareja.

—¿Te enamoraste?

—Sí muchas veces.

—Tuviste muchas parejas.

—Sí —a secas.

Su mirada se pierde en algún lado. De los recuerdos que logró recuperar tras el derrame, hay algunos de los que prefiere no hablar.



Fotos: Randy Navarro.

VIII

Pelo Malo

Por Irlanda Sotillo

VIII

Todavía no termina de salir el sol sobre la ciudad de Panamá y Jackeline James ya está trabajando. Son las seis de la mañana del miércoles previo al Día de la Madre, y una mujer ha llegado a su salón de belleza, en el barrio de Marbella —terreno de bancos, oficinas de abogados y edificios de clase media alta— para salir de una urgencia: arreglarse el cabello. Jackeline debe cambiar el aspecto ajado de una melena mojada con el cepillo circular. El aliento del motor va secando cada mechón hasta dejarlo estirado.

Un poco más tarde, Gabriela de Lara entra al salón maquillada y con una horquilla atrincada al pelo húmedo. Es obvio para qué está allí; por eso, recibe una sonrisa de la dependienta ni bien se para frente al mostrador.

—¿Qué desea? —pregunta para asegurarse de que no vino a pintarse las uñas.

—Un blower —responde ella.

La misma pregunta y respuesta se repetirán decenas de veces a lo largo del día. Blower es el nombre popularizado para designar la práctica de estirar o peinar el cabello. Blower es lo que toda mujer panameña que quiera estar más o menos a tono con la moda se hace en el pelo al menos una vez por semana.

Gabriela no suele frecuentar el salón de belleza. Pero hoy es su aniversario de bodas y decidió “consentirse”: dejar que una profesional hiciera el trabajo en su pelo negro pintado con rayos dorados.

En fechas corrientes le gusta hacerse el secado en casa para ahorrar dinero. No es que lo necesite: en su trabajo no atiende a los clientes cara a cara ni ve a ninguno, pero sus compañeras van tan regias que siente que sería una vergüenza no estar a la altura. Además, las normas del banco exigen “buena presencia”. Y “buena presencia” es ropa pulcra, calzado de tacón, maquillaje de marca y, claro, pelo arreglado. Y pelo arreglado en Panamá es lo mismo que “estar peinada”, que es lo mismo que “hacerse un blower”.

VIII

Los despidos a cajeras resistentes a soportar la rutina de calentarse la cabeza a punta de la pistola de calor son la prueba fehaciente. “¡Hazte el blower!” es una frase implantada entre amigas compinches en las oficinas. Desoír la advertencia puede resultar todo un riesgo.

A Lamar la miran

La mujer camina con gracia sobre la vía Argentina. Los peatones sortean las trampas de la remodelación del asfalto y pavimento en la zona de hoteles, bares y casinos. Las bocinas suenan tratando de acelerar a los conductores. No se las concibe como una falta de respeto, sino como una alerta: desde avisar al primero en la fila que la luz del semáforo se ha puesto en verde hasta advertir a un conductor lento que no le será concedido el paso.

Lamar Bailey, la mujer que avanza hacia uno de los tantos cafés del barrio, conserva la calma. Su cabello es libre. De rizos no tan definidos como sale en los comerciales, conformado por una secuencia de mechones agrupados que caen como racimos de palmera a un lado de su rostro, de nariz perfilada y ojos grandes. Es negra y delgada. No es modelo, como cualquiera se imagina, sino profesora de historia e inglés en una escuela para niños mimados cercana a la cafetería a la que entra con paso firme.

Lamar, a contramano de la mayoría de las mujeres de la ciudad, ha decidido llevar su melena al natural. Desde hace 10 años, cuando cortó su pelo para deshacerse del cabello tratado, libra una lucha con quienes la miran arrugando el ceño.

—De noche mi cabello es una sensación, la gente queda fascinada. De día, no. El efecto es contrario.

No llevar el cabello estirado es sinónimo de pobreza. De no tener los suficientes recursos para gastar en la imagen. Incluso de ser tacaña. Las mujeres que lucen como Lamar son señaladas como las peliduras, cuscús, estopa de coco o, peor aún, pelo malo.

—¡Mami! ¿Te pago el alisado? —la interpeló un desconocido en cierta ocasión.

A Lamar le recorría la furia por su cuerpo.

VIII

La democracia del secado

Panamá es un país de servicios. Esto implica que las negociaciones se hacen en lo posible con intermediarios, hasta que alguien termina poniéndole cara al contrato dando un apretón de manos. Las damas son parte de las gestiones. El sector las demanda con una buena sonrisa y trato amable. El blower viene en automático en la imagen caricaturizada de la mujer ideal.

Todas las mañanas decenas de mujeres, en su mayoría profesionales de la banca, de los bufetes o de las cajas registradoras, comienzan el desfile por el mismo pasillo hasta una silla de estilista. En menos de cuarenta minutos se llevan la melena estirada por siete dólares. El costo lo asumen una o dos veces por semana, dependiendo de la necesidad o de la urgencia. El secado de cabello es un servicio de alta demanda, en especial cuando las mujeres deben asistir a un evento social.

Los anuncios adheridos a la vitrina de cualquier salón dan la impresión de llamar a grito vivo a las mujeres, a las que les pesa sobre la conciencia ignorar ese canto de sirena cuando se saben con el pelo sucio. Los letreros aluden a la oferta o a algún extra como tratamientos profundos por unos dólares más. Desde afuera, el secado de cabello con estilo puede parecer un lujo, pero no es un asunto restringido a las clases sociales: el blower es democrático.

En sectores populares el cotizado servicio del secado de cabello cuesta menos —desde 5 dólares— y como atractivo ofrecen pasar la plancha, una herramienta dotada de dos aplanadoras de metal caliente que deja cada hebra ordenada mientras extrae la última partícula de humedad. En salones más distinguidos, donde asisten señoras y chicas de linaje conocidas como yeyés, cada acción extra cuesta: hacerse el blower con lavado puede llegar a rondar los 50 dólares. Una utopía para las 434 mil personas —casi un cuarto de la población— que sobreviven con menos de un dólar al día.

A Jackeline hay una cosa que le choca de su trabajo: que una clienta pida el procedimiento y no se haya lavado el pelo. El horror es que lleve cuatro días sin hacerlo. Es la única situación en la que se permite refunfunar. “No voy a oler cabeza sucia”, respinga la estilista.

En esos casos se niega a proceder, salvo que la clienta se deje lavar el cabello y pagar el extra.

VIII

Jackeline lleva 18 años en el oficio. El cuerpo suele cobrárselo con dolores en los huesos de las manos y brazos o el cansancio corporal por estar de pie tanto tiempo. Su suerte es que en casa las labores domésticas son escasas, pues no lava platos ni ropa. El marido es pensionado y le asiste en el hogar. Sus tres hijas de 20, 18 y 12 años colaboran con mantener todo más o menos ordenado.

Si no fuera por la preclampsia que padeció en su último parto, en vez de estar peinando en Marbella quizás seguiría siendo maestra de preescolar en un plantel de Santa Librada, en el populoso y caliente distrito de San Miguelito, el más habitado de la capital. Lejos de la queja, se siente satisfecha. Una estilista buena como ella puede ganar mil dólares al mes, contando las propinas que dejan sus clientas. Por día recibe la mitad de las ganancias de cada blower realizado. La otra mitad se la queda el dueño del negocio. En fechas como éstas, a la víspera de las fiestas decembrinas, cuando el blower es primordial, las ganancias suelen dispararse.

El descubrimiento

Randy Navarro, artista visual, repasa las fotografías de mujeres de torso desnudo y alto afro que él mismo tomó. Citó a 25 damas con una condición: lucir orgullosas su pelo libre para documentar cómo vivieron el paciente proceso de convertir el pelo alisado en uno de ondas frondosas. Las que han experimentado la transformación, le llaman “transición”. Y “transición” es el nombre que Randy le puso a la película.

Randy, también negro, lleva un peinado de rizos sublevados. Desde hace un año se dedica al estudio del acto de rebelión contra el sistema que hace a las damas desligarse de esa especie de nueva forma de esclavitud: la de depender del alisado, una pasta que tras un masaje con peinilla somete a la estática de la hebra y cuyo proceso debe repetirse, según el crecimiento, cada dos o tres meses. Como es un estado artificial, se debe hacer un estiramiento tras cada contacto con el agua, y para ello se usa la técnica del blower entre semanas.

Randy sabe que la tendencia de estirarse el pelo no es un concepto nuevo. En su celular guarda la imagen de una publicidad aparecida en el periódico El Diario en 1918. La encontró cuando revisaba documentos aleatorios en

VIII

la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. El anuncio decía: “Toda persona de color puede desrizar y suavizar su cabello. Las personas de color pueden tener el cabello lacio, espeso y suave usando PELO-LISINA, única preparación que se conoce para desrizar y suavisar el cabello”.

El anuncio era en blanco y negro como el resto de la tipografía del rotativo impreso y continuaba enmarcado en un rectángulo vertical, ensalzando las bondades del producto: “La Pelo-Lisina no falla ni en los casos más rebeldes. No debe faltar en el tocador de ninguna persona de color”.

Al final, estaba inscrita la firma de la publicidad: “The Orinoka Pharmacal Co, Inc. New York”.

El fotógrafo encontró un rasgo común entre sus entrevistadas: el cambio de afro a liso coincidía con la entrada a la secundaria, cuando las madres tomaban la decisión de cambiar el aspecto de sus hijas para ahorrarles las burlas que imaginaban iban a recibir de parte de sus compañeros. Por eso, Randy matiza la acción: no la considera la negación de sus orígenes sino un acto de naturaleza maternal.

—Lo hacen como un modo de protección.

La iniciación

Nadie lo presume, pero la dependencia del blower se gesta en la pubertad. La contextura del pelo determina si la joven en cuestión será o no la siguiente que entrará en el engranaje. El alisado se ofrece como un regalo divino, se vende como la solución perfecta y las chicas lo asumen como un paso importante en sus vidas. Aunque hay maneras convencionales de secarse el cabello después de un alisado, como recurrir a los rollos o tubos, la practicidad del blower ahorra el tiempo que se puede invertir en otras faenas.

Los tres hermanos de Jackeline tienen cabello lacio. Las dos mujeres tenían el pelo encrespado. La madre era una mujer de cabello lacio por su herencia indígena chochoe. Fue ella quien la introdujo en el mundo del blower y su dependencia.

—A los hombres les tocó la fortuna, así pasa —se resigna Jackeline—. A mí

VIII

me hicieron el alisado a los 16 años.

Cree que nacer con el pelo crespo es cuestión de mala suerte. No en vano se casó con un hombre más lacio.

—Mi esposo es blanquito. Así pues, de buen pelo.

Sus propios genes se plantaron. Las tres hijas de Jackeline crecieron con el cabello ondulado.

La negación

El pelo afro llegó a estas tierras con la colonización, en el año 1501. Los españoles trajeron a los negros para realizar trabajos forzados. Los indígenas resultaban de poca resistencia a las duras labores. Desde los tiempos de la esclavitud, el pelo era un elemento con que se distinguía la superioridad de un esclavo sobre otro. Los amos pagaban más por aquellos esclavos que tenían menos rizos y la piel más clara.

La historiadora, cantante y defensora del tambor africano, Miroslava Herrera, dice que tras el acto de alisarse el cabello está implícito el mensaje de la negación de la condición negra, ligada en el pasado al sometimiento, a los malos tratos, a la pobreza, a la falta de privilegios.

La única manera de avanzar socialmente en la sociedad clánica panameña era parecerse más al amo. O sea, al blanco.

Miroslava refuerza su condición afro desde el discurso, con su música y con su peinado de trenzas infinitas con el que pretende remarcar el orgullo por sus antepasados.

“Ya que no podían arrancarse la piel, moldear el cabello fue una opción viable”, dice Randy, que llegó a dar con una peinilla metálica que usaban las mujeres de pelo afro durante la construcción de Canal francés para atenuar el volumen. Y añade: “El hecho de alisarse el cabello es una completa negación porque por más químico que te pongas, nunca va a ser liso”.

En el censo nacional de 2010 apenas unas 313 mil personas se reconocieron descendientes de negros, solo el 9.2% del total de los panameños. En 2015,

VIII

el Instituto Nacional de Estadística y Censo volvió a censar buscando actualizar el mismo dato, y los afrodescendientes aumentaron a 586 mil personas. La población negra pasó a representar el 14.9% del total de los panameños. Según Alberto Barrow, director del observatorio Panamá Afro, este aumento en la estadística responde a que “la población está tomando conciencia de su identidad poco a poco. Eventualmente, el porcentaje de afrodescendientes llegará hasta un 65%”, asegura.

Volver a la rutina

Es la 1:30 p.m. A estas alturas de este miércoles previo al Día de la Madre, Jackeline ha hecho 11 blower y hasta aplicó un químico. Está lista para almorzar. Va al restaurante de la misma plaza en Marbella al que van los oficinistas. Elige el menú: arroz, lentejas y una chuleta de puerco. De refresco, una soda roja. Seis dólares cobra la cajera.

Jackeline mastica rápido. Además de aplicar los tratamientos, ella también se encarga de cobrar en caja y llevar un registro de cada compañera para dar al final del día un reporte pormenorizado de productividad. Mientras almuerza, deja a alguien en su puesto en la peluquería. En menos de 25 minutos termina su plato, se levanta y vuelve al salón de belleza.

Como se despertó tarde, Jackeline no se preocupó mucho por su cabello. Para no perder tiempo simplemente se lo amarró. Ni siquiera se preocupó por ocultar las pocas canas que le asoman en la sien, entre el tinte negro azabache que usa. Dice que en la semana se lo arreglará: una compañera se ofrece a hacerlo en las horas muertas del salón. Luego ella le devolverá el favor.

La encargada de ocultar el lado afro de tantas y tantas mujeres, termina sucumbiendo a los cánones de la sociedad. No solo hace crecer el imperio del blower. También se somete ante él.

Las que resisten

por Nathalia Guerrero



IX



Foto: José Alberto Yau Hernández.

El próximo tipo que acose a Eliana Araúz en las calles de Ciudad de Panamá podría salir apuñalado. “Me quiero comprar un cuchillo”, dice. O como mínimo saldría con los ojos llenos de gas pimienta: quizás ya le atine al tiro esta vez. La primera y única vez que lo intentó fue el año pasado en uno de los concurridos bares de la ciudad. Un tipo le agarró las nalgas a su hermana Alejandra, una famosa actriz panameña. Al ver que nadie en el bar les creía la historia y que los de seguridad no iban a hacer nada al respecto, Eliana esperó al acosador afuera. El tiro falló y el chorro ardiente terminó sobre la cara de ella.

—¿Te sientes insegura?

Sus grandes ojos verdes parecen brillar fijos bajo una gorra negra que dice ‘Sad Girls’ en letras blancas.

—En este momento no, pero he dejado de salir a lugares por mi agresor.

Eliana se refiere al director de una obra de teatro que la acosaba con comentarios sobre su aspecto físico y hasta la hizo arrastrarse por el suelo lleno de mugre durante los ensayos. Todo esto hizo que se saliera de la obra con su hermana y terminara bloqueando de sus redes a los de la compañía de teatro.

Además de actriz y abogada, Eliana es la administradora de la Escuela de Zorras, un chat de WhatsApp que creó hace más de un año y que hoy tiene más de 50 integrantes, todas mujeres, todas feministas o en camino a serlo. Lo que empezó como una idea copiada de una activista costarricense, se convirtió en una red de apoyo para todo tipo de necesidades: desde saber dónde pagar un recibo hasta apoyo legal en caso de sufrir una violación, algo en lo que también ayuda Eliana.

—¿Por qué zorras? ¿Por qué perras o gatas?

—Una zorra es el opuesto de zorro, que acá significa alguien astuto. Antonio Banderas tiene películas siendo zorro y todos lo admiran, pero

IX

cuando hablamos de zorra entonces es algo denigrante.

Eliana ensaya y perfecciona sus técnicas de defensa contra el acoso en la casa. A veces arma pistolitas con sus dedos y mata a sus agresores de mentiras, mirándolos fijamente con una mirada asesina. Otras veces simplemente empieza a gritar hasta desesperar a quien la escuche.

—Hace poco un taxista me empezó a perseguir porque le grité y me dijo que tenía suerte de que no se bajaba a pegarme.

Eliana escucha historias. Gritos, golpes, groserías, escándalos y gases pimienta parecidos a los que ella carga: son la manera en la que las otras zorras se defienden en las calles de Ciudad de Panamá.

A muchas les toca así, ayudarse, resistir, porque la calle no las ayuda a ellas. Sea en el Casco Viejo, 5 de Mayo, Santa Ana o Albrook, los ojos se posan sobre ti, como el láser de un arma francotiradora. Los puedes sentir: en tus brazos, en tus nalgas, en tus piernas, pegándose a tu piel descubierta porque el calor lo obliga, o porque simplemente quieres que sea así. Te hacen más lento o más rápido el paso. Y entonces los cinco minutos que te tomaba recorrer esas dos cuadras se convierten en diez, en quince, en veinte, y la línea recta de tu camino se vuelve un rombo, un trapecio, un paralelogramo. Con el tiempo evitas esa construcción, ese partido de fútbol, a los universitarios saliendo de clases, a los taxistas, a todos.

—¿Que qué es la escuela de zorras? La escuela de Zorras me respondió a mí misma qué era la Escuela de Zorras.

Los ojos de Eliana sobresalen de la oscuridad de su gorra, brillantes. Ahora está feliz, como casi todas en su grupo. Claro que tienen problemas y las notificaciones de su teléfono no dejan de sonar ni un minuto, pero encontrarse en espacios virtuales y físicos cada cierto tiempo ha ayudado a muchas mujeres de la ciudad a reconocerse como aliadas dentro del enramado de sus calles y edificios de efecto espejo.

—Lo que pasa es que Ela es Aries.

IX

Daniela suelta la frase, como excusando a su amiga por expresar en voz alta su firme deseo de cargar con un cuchillo.

A ella también la han acosado, y también reacciona, aunque no con cuchillos. Un par de veces se ha quedado pasmada, sin hacer nada, tiene que admitirlo. Por ejemplo cuando hace años, en el salón de belleza al que iba, un tipo le cogió la vagina mientras la depilaba, con su mamá esperándola afuera del lugar. Al contarle ella no le creyó. O cuando en el colegio un profe le mandaba poemas al correo y le insistía que la amaba, a sus escasos 16 años. Luego de años sintiéndose importante por gustarle, Daniela comprendió que el amor del profe era acoso, e incluso pedofilia.

De su maleta Daniela saca cuatro sobres amarillos. Dentro de cada uno hay una revista pequeñita, un fanzine: rosado, azul, verde y amarillo. Una serpiente en una casa, una mujer entre una selva, un patito dibujado y un bisonte, o ‘bisonta’, como ella la llama, son sus cuatro portadas. Cuatro ediciones que han sacado con las uñas junto a sus amigas Carola y Judith, desde que hace dos años decidieron crear a las Ex Señoritas.

—¿Y por qué querían ser ex señoritas?

—Por lo que significa ser una señorita. No existe un equivalente de esa palabra en el hombre: a la señorita se le llama así hasta que se casa, al hombre se le llama señor de una. Es como si solo casándote con un hombre lograras evolucionar a ese estatus social.

La explicación está en su manifiesto, que repiten como un mantra en cada número, porque es necesario. El manifiesto se escribe en letra irregular y tachones, al lado de títulos como “Vaginación”, “Sexo zen”, “La copa menstrual y yo” o “Él usó mi cabeza como un revólver”. Con un costo de tres a cinco dólares el fanzine, escrito, ilustrado, editado, re editado, impreso y cocido por las ex señoritas y algunas colaboradoras, se mueve por los círculos feministas de la Ciudad de Panamá, que son más bien pocos y jóvenes, emergentes. Las ferias, los conversatorios, las relatorías y las exposiciones son los escenarios de distribución y compra del librito colorido, pero sobre todo las fiestas que ellas arman para celebrar el lanzamiento de sus hijitos editoriales. La última fue en Hangar 18, un bar de metal para machos metaleros del que se apropiaron durante una noche, procurando un espacio solo de chicas, donde todas se sintieran seguras, para las seguidoras de su fanzine. Un sitio donde pudieran comer, bailar,

reírse y hablar un poco de feminismo, algo que no es común en esta ciudad.

“La serpiente está cabreada de estar en la casa porque es una fucking serpiente”, dice una contraportada rosada. “Amor propio y salud mental”, dice otra, que tiene un patito dibujado en la portada. “¿Cómo estás? Aquí chillin (esta vaina está focop)”

Hija de una ex miss Panamá de los años ochenta, y un papá colombiano medio bohemio, Daniela conoció el feminismo hace unos cinco años, viendo la serie “Girls”. Desde el primer capítulo quedó impactada con el papel de la actriz Lena Dunham, que se veía genuinamente cómoda en su cuerpo, uno que no encajaba con las tres mediditas de mierda que la sociedad espera comúnmente de una mujer. Muchas cosas no encajaban en ese entonces para Daniela: ni las medidas de su propia silueta, ni el hecho de que su papá se convirtiera en padre soltero de dos hijos, ni la forma en que la escuela, su mamá y su abuela la mandaban a callar cada vez que ella expresaba su opinión.

—Yo veía que mi profesora me callaba cada vez que yo hablaba duro, pero no hacía lo mismo con los chicos de mi clase.

¿Que si acosan a sus amigas también? Uf claro, miles de veces. Las miran en la calle, las tocan en las discos, les muestran sus penes horribles en las esquinas, hasta ha habido algunos que se masturban frente a ellas mientras les preguntan cosas en el metro. Hace poco Daniela se unió a una campaña en contra de un fotógrafo que trabajaba con ella, acusado de acoso y de abuso. En reacción, el tipo empezó a mandar un cuestionario a varias mujeres, preguntándoles si se habían sentido violentadas trabajando con él. También se lo mandó a Daniela.

—Es valiente el tipo, eh.

A pesar de ser evidente en sus calles —basta con recorrerlas de día o de noche— la problemática del acoso no se ve reflejada en las cifras oficiales del país. De casi 4.600 denuncias por delitos sexuales que registró Panamá el año pasado según el Ministerio Público, 1.882 fueron por violación (un 41%), y tan solo 53 casos estuvieron relacionados con acoso sexual. Esto pudo haber sido tanto en calles como oficinas, universidades o colegios del país.

IX

Para Eliana el acoso en Ciudad de Panamá sí se denuncia, pero no por la vía legal. Redes sociales, grupos de WhatsApp como el de ella, convocatorias, conversatorios y proyectos artísticos y editoriales como el de Daniela y hasta el grupo de stand up comedy feminista que ambas tienen, son apenas los espacios de las mujeres que están hartas del acoso en la ciudad, el resquicio por el cual se desquitan y sienten más efectiva su denuncia, más real, en vista de que las vías legales se ven como caminos etéreos que las tienen desamparadas.

La ley 213, o ley anti piropo, como le dicen en el país, es una demostración de esto. El decreto, que “previene, prohíbe y sanciona el hostigamiento, acoso callejero, acoso sexual, acecho, favoritismo, sexismo y racismo en todos los ámbitos”, lo propuso Ana Matilde Gómez, una diputada independiente, y busca prohibir todas las manifestaciones de violencia entre hombre o mujer, la discriminación, así como busca condiciones de trabajo más equitativas. La ley terminó de ser aprobada en mayo de 2017, luego de sus tres debates correspondientes. Lo único que necesita para implementarse en este momento es una firma.

—¿Por qué cree que el presidente no ha firmado la ley si ya está aprobada?
—Eso habría que preguntárselo al presidente. El ministro correspondiente ya firmó también, solo falta él. No sé a qué se deba su demora.

De pelo encopetado y siendo la única mujer con pantalón de sastre en todo el recinto del Ministerio de Gobierno, la exprocuradora, diputada y precandidata presidencial independiente, Ana Matilde Gómez responde apurada. Solo tiene cinco minutos. Acaba de terminar un debate en el Ministerio de Gobierno sobre esta misma ley, junto a Liriola Leoteau, directora del Instituto Nacional de la Mujer (INAMU), y Brice Roquefeuil, embajador de Francia en Panamá. Con un traje parecido al de Roquefeuil, y con voz enérgica, Ana Matilde explicó durante el debate la pregunta que ronda alrededor de esta propuesta: ¿Por qué castigar y no educar?

—Este es un primer paso. Mi proyecto de ley también contempla mucha educación. Que las escuelas tengan un procedimiento adecuado. Por ahora, podemos asegurar que las víctimas tengan a quién acudir, ese es el aporte.

IX

Como muchas en Ciudad de Panamá, Ana Matilde también se defiende en la calle, como Eliana o como Daniela. Dice que mira a los ojos al agresor, e intenta hacerlo reflexionar. “Le pregunto al acosador si no tiene hermanas o madre o novia, pues por cada mujer que él agreda en la calle, hay otro haciendo lo mismo con ellas”. Un método muy diferente al de Eliana. Igual, afirma que este también es muy desgastante.

Ana Matilde se ha reunido con distintos grupos de mujeres para discutir la ley, con las que sí y con las que no. De estas últimas, la diputada notó ignorancia en el tema, normalización del machismo y hasta movidas políticas: asegura que muchas mujeres de la Asamblea ridiculizaron su propuesta en público para ganar votos de la clase obrera, el sector ligado a los piropos y acosos callejeros por excelencia.

Hay días...

...Días como hoy,
donde te espero ansiosa contra el golpe de las horas,
sin voz que fluya desde mi garganta muerta,
impaciente por llenarme la boca con tu jugo de luna.
Desaparecernos.

Días como este,
cuando brotas desde el medio de la noche:
deshaciendo los nudos,
comiéndote a la muerte,
floreciendo en el desierto de mi cuerpo empapado,
enlazado a mi vientre en un cordel de arena,
donde caemos juntos
en aguaceros
de guayaba y semen.

De piel morena, pelo rizado y labios rojos, Corina Rueda, abogada, feminista, poeta y defensora de derechos humanos, termina uno de sus poemas de la noche. Se encuentra rodeada de más o menos cincuenta

IX

personas que se agolpan para escucharla en el Centro Cultural de España, otro de los pequeños fortines feministas en Ciudad de Panamá, ubicado en el Casco Viejo. También están con ella esta noche las poetas Lucy Chau y Mar Alzamora, amigas queridas de Corina, y Shirley Campbell, una afrocostarricense con ojos de felino y dreadlocks como una melena de león negra y larga, envuelta en un vestido típico africano con colores de fuego y aretes con la silueta del continente africano. Con el tiempo, Shirley se convirtió en un ídolo de Corina y en un referente de la poesía negra gracias a su poema “Rotundamente Negra”, con el cual cerró la tertulia esa noche, ovacionada por los presentes.

...Y me niego absolutamente
A ser parte de los que callan,
De los que temen,
De los que lloran.
Porque me acepto
Rotundamente libre,
Rotundamente negra,
Rotundamente hermosa.

—Genaro López, ¡Genaro López es su nombre, que lo sepan bien!

Después de su aplaudido recital, Corina Rueda se refiere al líder sindical de SUNTRACS, el Sindicato Único Nacional de Trabajadores de la Industria de la Construcción en Panamá.

A pesar de ser de izquierda, como él, Corina lo acusa de no validar las luchas feministas de sus compañeras, sobre todo cuando se trata del acoso callejero en Ciudad de Panamá. Así las cosas, viene siendo más peligroso un compa machista, al que no le parezca importante esto, que los ‘crisofascistas’ a los que se refiere Corina, machistas de derecha, cristianos, inquisidores con los derechos de las mujeres.

Y es que la lucha sí es importante, esta lucha, la del acoso. Corina también lo ha tenido que vivir en carne propia muchas veces, como cuando era pasante mientras estudiaba derecho y se tenía que bajar en la estación de

metro de la Fernández de Córdoba para llegar al Registro Público. En vez de caminar derecho, Corina tenía que cruzar la calle tres veces consecutivas todos los días, para evitar pasar al lado de las tres construcciones instaladas en esa época en las cuatro calles que la separaban de su destino.

—¿Quién me va a decir entonces que mi derecho a transitar y mi derecho a poder trabajar no se ve coartado en todas sus esferas?

Por eso Corina está encabronada con la izquierda de su país, y de su ciudad y con Genaro, que en representación del SUNTRACS dijo que los constructores solamente tiraban piropos en el marco del respeto y que además había temas mucho más importantes que discutir en la Asamblea que el del acoso callejero.

Todas estas frases se las pegó Corina al cuerpo en un performance que hizo el pasado 1 de mayo junto a sus compañeras de Tener Ovarios, otro de los colectivos feministas que hay en Ciudad de Panamá y que ella lidera. En vez de generar el impacto que esperaba, a Corina la terminaron acusando de ser líder de la izquierda panameña. Acusar, en vez de proclamar, porque así funcionan las cosas con la izquierda en América Latina. De una forma u otra, Corina niega que esas atribuciones fueran ciertas.

—¿Que si las mismas mujeres panameñas aceptan y hasta les gusta el piropo? ¡Claro que les gusta!

Corina compara la situación con la de la población negra y la esclavitud, donde hubo esclavos que defendieron a sus propios amos. Y con el acoso callejero en Ciudad de Panamá, Corina siente que se repite la historia, porque, para ella, la mujer panameña sigue creyendo que le debe una fidelidad intangible y absoluta al hombre en todo sentido, reforzando el patriarcado. Así, el típico “mamita” que te bota un obrero en la calle bajo el calor de mediodía no se convierte en un insulto, sino en un halago, y te extrañas el día que no te gritan nada al salir: ¿Será que hoy estoy fea?

—Muchas mujeres avalan el acoso porque les han enseñado que un tercero es el que tiene que avalar nuestro cuerpo.

Para Eliana y Daniela no es así. Ni para Corina, que habla de los cuerpos de las mujeres de verdad, con gordos, y con celulitis y con estrías, bellos todos en su propia naturaleza, como la que menciona en sus poemas. Y con

IX

esto claro en la cabeza salen y se toman las calles de Ciudad de Panamá: se bajan de la estación Vía Argentina o de Albrook, caminan por el Casco Viejo, por Vía España, por avenida Amador, por la avenida Central. Tienen la vista fija y los puños probablemente apretados, esperando el chiflido, el piropo, el flasheo. Lo esperan casi con ansia, como Eliana, porque saben que esta vez no van a callar, como lo dejaron de hacer hace tanto tiempo. Reaccionaron cuando se dieron cuenta de lo mal que estaban los hombres de las calles de su ciudad, de que la vaina está focop, como dicen las Ex Señoritas en sus fanzines.

Y responderán, seguramente. Con los dedos pistola, con un putazo, con una simple mirada matadora, como diciendo “ni te atrevas, ni te vuelvas a atrever”. Habrá quienes sean más extremas, habrá quienes ya carguen un cuchillo en sus maletas y sus bolsitos y sus riñoneras. Y no es la mejor forma, ¿pero qué hacemos si el presidente no quiere dar su firma?

Eliana, Daniela y Corina saben que son pocas en su ciudad. Pero también saben que con trabajo duro, comunicación, más colectivos, más apoyo, más redes, más espacios y quizá un poco más de suerte, va a haber más como ellas en Ciudad de Panamá.

Perfiles de los autores y editores:

María Gabriela Baigorri (Argentina). Licenciada en Comunicación Social de la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino. Tiene 14 años de experiencia en medios radiales, digitales e impresos. Sus primeros trabajos fueron en oficinas locales de estaciones de radios nacionales como Mitre o La Red. Entre 2008 y 2018 fue periodista del área de Política del diario La Gaceta de Tucumán. Estaba acreditada en la Casa de Gobierno local y en el Tribunal Oral Federal, donde cubrió los juicios de lesa humanidad por crímenes sucedidos en los 70'. Desde 2018 forma parte de LG Play, la productora de contenidos audiovisuales de ese medio. Fue becada por la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (Fnpi) en dos oportunidades.

Iván Bernal Marín (Colombia). Cursó estudios en filosofía contemporánea y un magíster en periodismo. Fue editor general del diario El Heraldillo entre 2014 y 2017, periodo en que el medio obtuvo cuatro premios nacionales de periodismo Simón Bolívar. Antes se había desempeñado como editor

de cultura del periódico económico La República. Ha ganado dos veces el premio de la revista Semana al periodismo regional y recibió un reconocimiento a la excelencia de la Society of News Designs. Publicó en revistas como SoHo, El Malpensante, Semana y Dinero. Es autor de un blog humorístico, titulado 'Vergonymous'. Actualmente escribe reportajes especiales para el portal argentino Infobae.

Alice de Souza (Brasil). Periodista graduada en la Universidad Católica de Pernambuco, con posgrado en derechos humanos y maestranda en Industrias Creativas. Con ocho años de trayectoria en medios impresos y digitales, es reportera en el Diario de Pernambuco, donde escribe sobre desarrollo urbano, movilidad y salud. Publicó además en periódicos como O Estado de São Paulo, Correio Braziliense, Estado de Minas y sitios web como Believe.earth. Ha ganado más de 15 premios regionales y nacionales. Finalista del Premio Roche de Periodismo, de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), del Premio Petrobrás de Periodismo y ganadora dos veces del Premio Cristina Tavares. En 2017, fue una de las 17 reporteras más premiadas de Brasil.

Jesús Díaz Calvillo (México). Estudió Comunicación y Periodismo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde hace

15 años trabaja en diversos medios impresos y televisivos de México y Estados Unidos. Inició su carrera en el periódico Unomásuno, donde fue coeditor del suplemento Sábado y corresponsal en Estados Unidos. Fue periodista de los diarios Reforma y Récord; y editor de la sección de arte y entretenimiento del Diario de México USA, en Nueva York. Condujo el programa Confabulario TV en Canal 22. Desde 2015 trabaja en el periódico en El Universal, donde actualmente es editor del suplemento 'Qué Hacer', periodista de investigaciones especiales y cronista. Es becario del Diplomado de Periodismo de Investigación del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Mexicanos contra la Corrupción y Fundación Ford.

Nathalia Guerrero (Colombia).

Periodista con más de cinco años de experiencia en medios impresos y digitales. Desde 2013 trabaja en la plataforma global de periodismo joven VICE, en donde se ha desempeñado en varios campos: reportera de cultura alternativa, subculturas emergentes e historias urbanas en la ciudad de Bogotá. También fue reportera de música alternativa y música electrónica en Thump Colombia, una de las plataformas de VICE. Durante 2017 se desempeñó como subeditora del portal web. Además ha publicado crónicas en medios impresos nacionales como DON JUAN. En 2016 ganó el premio Simón

Bolívar de Periodismo. Actualmente se desempeña como editora de la revista impresa de VICE Colombia y tiene una columna feminista en el portal web.

Mirelis Morales Tovar

(Venezuela). Trabajó en los diarios El Nacional, El Universal y Últimas Noticias de Venezuela y en el diario ABC, de España; El Tiempo, de Colombia, y El Comercio, de Perú. Actualmente trabaja como periodista independiente para medios internacionales (CityLab Latino, Univision, El Comercio, entre otros) y dirige su propio proyecto web Caracas en 450 (www.caracasen450.com). En 2010 fue seleccionada para participar de la Beca para Jóvenes Periodistas de Iberoamérica BALBOA. En 2014 fue escogida por la Embajada de Israel en Bogotá para ser parte del curso Periodismo de Paz en Territorios en Conflictos en Tel Aviv.

Irma Oviedo (Paraguay).

Licenciada en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Asunción (UNA). En 12 años de trayectoria en medios radiales e impresos del país, trabajó en radio y periodismo impreso. Inició sus primeros pasos en la Radio Comunitaria Solidaridad. Actualmente escribe en el Diario Última Hora, en la sección País. Su cuento "La melodía en la oscuridad" forma parte del libro digital Sapukái, letras paraguayas en homenaje a las víctimas de la Dictadura stronista (2016). Publicó

el artículo “La magia envolvente del sonido” en la Revista ¡De Acuerdo! La ciencia a tu medida.

Irlanda Sotillo (Panamá).

Periodista egresada de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de Panamá. Inició su carrera como comunicadora en el diario La Estrella de Panamá. En 2007 obtuvo un reconocimiento por parte del Forum de Periodistas de Panamá con el reportaje ‘El negocio de Don Manuel’. Desde 2012 trabaja en el periódico La Prensa, donde integró y realizó coberturas de temáticas sociales con enfoque de género en la Revista Ellas y se desempeña como periodista cultural en el equipo de Vivir+ para contenidos impresos y digitales en el diario La Prensa. Forma parte del colectivo de periodistas panameño Concolón.

José María Torrijos Legazpi

(Panamá). Periodista y escritor panameño. Es fundador del site ‘Otra Mirada’. Trabajó en el periódico La Estrella como editor de El Dominical. Realizó la producción y conducción de diferentes programas en medios televisivos de Panamá. Obtuvo premios nacional del Forum de Periodistas por las Libertades de Expresión y Formación y el premio Victoria de la Universidad Católica Santa María La Antigua. Forma parte del colectivo de periodistas panameño Concolón.

Randy Navarro (Panamá).

Documentalista, fotógrafo y diseñador gráfico. Cursó estudios de diseño gráfico y mercadeo. Fue cofundador de la primera plataforma de crowdfunding para financiamiento de proyectos culturales y sociales en Panamá, Costeame. Su trabajo de fotografía documental ha sido publicado en los diarios nacionales y en el libro Panamá Cosmopolita (2017), realizado en conmemoración de los 500 años de la ciudad de Panamá. Incursionó en el mundo audiovisual gracias a los talleres de Fundación Mente Pública. En 2017 realizó los cortometrajes Transición y Así lo recuerdo, sus primeros trabajos como director. Transición ha sido proyectado en festivales y eventos independientes en Argentina y España, y en Panamá fue reconocido con una mención especial del jurado en el Festival de Cine Pobre de Panalandia. Su interés es documentar historias cuyos personajes principales sean femeninos.

Raphael Salazar (Panamá).

Fotógrafo. Fotógrafo, productor audiovisual y editor, obtuvo la Beca de formación permanente de Fundación Carolina en el Museo Reina Sofía de Madrid (2010). Fue director de fotografía de los documentales ‘Reinas’ (Ana Endara, 2013), ‘Es hora de enamorarse’ (Guido Bilbao, 2016) y ‘Una noche de Calypso’ (Fernando Muñoz, 2017). También de los

videos ‘Nocturno Vigilante’ (2012) y ‘Ciudadano del mundo’ (2009) del músico panameño Carlos Méndez. Sus ensayos fotográficos sobre Darién y la Ciudad de Panamá fueron expuestos en muestras de Panamá, Costa Rica y España. Para ‘Panamá, la ciudad entre papeles’, colaboró con fotos de su proyecto “Taxonomía de un paisaje”.

Mauricio Valenzuela (Panamá).

Fotoperiodista. Fundador del medio ‘Claramente’. Realizó numerosas coberturas nacionales en internacionales para medios como el New York Times, NBC News , Associated Press, Xinhua, Ruptly, entre otros. Inició su carrera laborando para el diario panameño Panamá Amércia hace 10 años. Para ‘Panamá, la ciudad entre papeles’, realizó la cobertura de la crónica ‘Centavito’.

José Alberto Yau Hernández

(Panamá). Fotógrafo. Diplomado en Dirección Cinematográfica de la escuela NUCINE de Valencia, España. Desde el 2013 se ha desarrollado como realizador audiovisual en proyectos artísticos, publicidad, corporativo y eventos sociales. Entre otros trabajos, realizó el videoclip de “Ese moreno” para la banda Afrodisiáco y la webserie “Somos Todos”, galardonada en TVN con Héroes por Panamá 2016. Realizó la cobertura fotográfica de la II Semana Crónica Concolón. Para ‘Panamá, la ciudad entre papeles’, realizó la cobertura de las crónicas ‘INVASIÓN’ y ‘Las que resisten’.

Juan Tarté (Panamá).

Diseñador gráfico e ilustrador, ha trabajado en diseño publicitario y editorial y como Art director Junior para comerciales y cine en Panamá. En 2013 obtiene mención honorífica en el concurso de arte “Tocumen: entre el mar y el cielo” al Mejor Afiche de Teatro. Ha desarrollado imagen para marcas y empresas combinando material publicitario y de comunicación. Labora actualmente para la Comisión de los 500 años de fundación de la Ciudad de Panamá donde está a cargo de la línea gráfica y campañas de promoción de esta importante conmemoración.

Fondo Panamá 500

El Fondo Panamá Ciudad de 500 años fue creado como un mecanismo de financiamiento para promover la ejecución de iniciativas que contribuyan a conmemorar los 500 años de fundación de la ciudad de Panamá. El Fondo apoya proyectos que contribuyen a:

- La sensibilización, educación, comunicación, divulgación y/o creación de debates sobre los hechos históricos y bienes patrimoniales de la ciudad de Panamá
- Documentar y/o analizar los valores que motivaron la fundación de la ciudad
- Rescatar los monumentos, documentos y demás bienes que son testimonio de la fundación de la ciudad

En su primera edición en 2016 el monto total disponible fue de B/. 150,000 repartido entre diez proyectos ganadores, uno de ellos el Festival de Crónica Concolón, de donde sale la presente publicación.

Sobre la Comisión 500 años de Fundación de la ciudad de Panamá

La Comisión 500 años de Fundación de la ciudad de Panamá fue creada por el Consejo Municipal del Distrito de Panamá mediante Acuerdo 187 de 11 de diciembre de 2014, con la finalidad de preparar, coordinar y ejecutar las actividades conmemorativas de los 500 años de la fundación de la Ciudad de Panamá. La Junta Directiva de la Comisión es presidida por la Alcaldía de Panamá y cuenta con el apoyo logístico, administrativo y técnico del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

FNPI

Con sede en Cartagena de Indias, la FNPI- Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano tiene 23 años contribuyendo a la formación y el desarrollo profesional de periodistas de todo Iberoamérica usando como columna vertebral de sus actividades la metodología del taller práctico.

- A diciembre de 2017 la FNPI ha organizado 1.098 actividades que han impactado a 95 mil periodistas de los medios más importantes de todos los países de habla hispana y portuguesa de Iberoamérica.
- La FNPI es percibida como una de las organizaciones más importantes en América Latina y el mundo en la cualificación profesional de los periodistas así como en el campo del desarrollo de medios (media development) y participa de manera regular en los principales eventos globales y redes internacionales relacionados con estos temas.

A lo largo de su historia la Fundación ha desarrollado alianzas y recibido apoyo técnico y financiero de más de 100 organizaciones públicas, privadas y del tercer sector, tanto locales, nacionales como internacionales, entre las que se destacan UNESCO, CAF -Banco de Desarrollo de América Latina, Organización Ardila Lülle, Sura, Bancolombia, Open Society Foundations, CEMEX, la Feria Internacional del Libro de Oaxaca, Fundación AVINA, Fundación Proa, ProColombia, AECID, Roche y PNUD.

- Cuenta con una red de 70 maestros y consejeros del más alto nivel incluyendo nombres de prestigio internacional como Sergio Ramírez (Nicaragua), Jon Lee Anderson (Estados Unidos), Joaquín Estefanía (España), Martín Caparrós (Argentina), Mónica González (Chile), Javier Darío Restrepo (Colombia), entre otros.
- Posee un efectivo y potente conjunto de canales de comunicación e interacción con la comunidad del periodismo del continente que llega a aproximadamente 100 mil reporteros, editores, directores y dueños de medios de 70 países. Su cuenta principal en Twitter tiene a la fecha más de 98 mil seguidores, su perfil en Facebook tiene 104 mil y su página web cuenta con 20 mil usuarios únicos promedio al mes.

Concolón

Concolón es un colectivo de periodistas, cronistas, escritores, tecnólogos y promotores culturales que creó un movimiento para promover la literatura de no-ficción, proyectos periodísticos independientes y otras formas de narración periodística desde Panamá.

A dos años de creación, Concolón ha organizado más de 20 actividades que han impactado a 500 periodistas y ha establecido alianzas con 17 organizaciones público y privadas, tanto panameñas como regionales. Entre ellas, la Universidad de Panamá, la Cámara Panameña del Libro, el Centro Cultural de España y la Alianza Francesa, el Forum de Periodistas para las Libertades de Expresión e Información, Copa Airlines y la Alcaldía de Panamá. También con organizaciones internacionales como la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y el Foro Centroamericano de Periodismo.

La Semana Crónica Concolón es el evento principal de formación, reflexión, debate y producción periodística. De carácter anual, la primera edición fue en 2016 se organizó en cuatro eventos y contó con la presencia del maestro colombiano Alberto Salcedo Ramos, entre otros invitados internacionales y locales. En 2017, en alianza con la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y con el apoyo del Fondo Panamá Ciudad de 500 años, realizamos el taller internacional 'Contar la Ciudad', donde el maestro Cristian Alarcón guio a 14 periodistas del continente para contar las mejores historias de Panamá. A la par, organizamos conversatorios abiertos, Cine-Foro y debates en los barrios. El objetivo es generar un debate público en torno a la no ficción, la historia y el contexto panameño, formar periodistas y promover redes en el país entre periodistas y profesionales que cultivan el género; además de contar más y mejor Panamá.

Desde la fundación, realizamos talleres de investigación periodística, contar la Historia, crónica para no periodistas y conversatorios cerrados y abiertos sobre diversos aspectos de la historia y la actualidad nacional.

De esta manera, promovemos la discusión pública sobre la historia del país, el análisis de los problemas actuales, sus causas y posibles soluciones. En resumen, generamos espacios para que a través de las historias, se propicie la consolidación de las identidades nacionales y se ofrezca una mirada profunda del país.

Concolón es un colectivo amplio que pretende formar redes entre periodistas, artistas, investigadores y escritores de Panamá y la región.

Y gracias

A cada autor, por el corazón y el sueño puestos al servicio de las historias.

A Jaime Abello Banfi, Jessica Arrieta y nuestra familia de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), por abrazar con excelencia, compromiso y cheveridad.

A Cristian Alarcón, por la entrega del más allá y la profundidad; por bancar como si el proyecto fuera propio, por el amor y la alegría. Por eso mismo: a Sebastián Hacher.

Al Fondo Panamá Ciudad de 500 años, por apostar a este proyecto y promover el debate de una ciudad para todos, con todas las voces.

A Mónica Mora y Juan Tarté, los mejores cómplices de este libro. Y a Jesús Díaz por la lectura atenta.

A los patrocinadores de la II Semana Concolón (II SCC): Centro Cultural de España, Copa Airlines, Autoridad de Turismo de Panamá y Fundación Eleta, por apostar a las historias con sentido. Y a los socios de los eventos abiertos por sumarse como los mejores amigos que son: Museo de Arte Contemporáneo, Mente Pública y El Apartamento. A la Autoridad del Canal de Panamá (ACP).

Gracias también Paula Palicio, Adriana Pérez y Rey Benavides, por convertir al CCE-Casa del Soldado en un refugio amoroso para las buenas ideas.

Y al grupo Afrodisíaco y a Carlos Méndez por el talento y calidez en la fiesta de cierre de la II SCC.

Finalmente, y por mil razones, a cada integrante, cómplice y amigo del colectivo de periodistas Concolón. Gracias por creer que las historias pueden mover la Historia.

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES

Junta Directiva Comisión 500 años de Fundación de la ciudad de Panamá

José I. Blandón, Alcaldía de Panamá. Presidente.
Danubia Allard, Ministerio de Relaciones Exteriores. Vicepresidenta.
Isabel Velarde, Autoridad del Turismo de Panamá. Secretaria.
Eda Ruth Soto, Autoridad del Canal de Panamá. Tesorera.
Alexandra Schjelderup, Alcaldía de Panamá. Subsecretaria.
Priscilla Vásquez, Instituto Nacional de Cultura. Subtesorera.
Petra Serracín de Franco, Ministerio de Educación. Vocal.
Tomás Mendizabal, Asociación de Antropología e Historia de Panamá.
Vocal.

Equipo de trabajo Panamá 500, Alcaldía de Panamá

Alexandra Schjelderup, Directora de Cultura
Víctor Saucedo, Jefe de Protocolo
Jairo Morán, Oficial de Protocolo
Yerasmy Fuentes, Coordinadora de Relaciones Publicas

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Harold Robinson, Representante Residente
Fernando Hiraldo, Representante Residente Adjunto
Patricia Pérez, Oficial de Programa
Annie Ramos, Asociada de Programa
Giovanny Moreno, Asistente de Programa

Equipo coordinador Comisión 500 años de la ciudad

Mónica J. Mora, Coordinadora
Jonathan Hernández, Coordinador Museo de la Ciudad
Mónica Alvarado, Coordinadora de Comunicaciones
Gloria Quintana, Especialista en Movilización de Recursos
Teresa Williams, Asistente Administrativa
Yessica Moreno, Asistente Administrativa
Ruth Betancourt, Productora
Juan Tarté, Diseñador Gráfico
Laura Díaz, Administración de Redes Sociales

www.ciudadpanama500.org

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación Jaime Abello Banfi | 7 |
| Una fiesta incluyente José Blandón | 11 |
| Nota preliminar Colectivo de periodistas Concolón | 13 |
| El repartido frustrado (o la insoportable costumbre de no encontrar nunca ningún sitio) Alice de Souza | 27 |
| ¿Quién vive en los rascacielos? Jesús Díaz | 33 |
| Pescando a orillas del Canal Iván Bernal | 45 |
| El metro y una estación fantasma Mirelis Morales Tovar | 55 |
| Ya no se gana, pero se goza José María Torrijos Legazpi | 63 |
| Invasión, la memoria en ruinas María Gabriela Baigorri | 73 |
| Centavito Irma Oviedo | 81 |
| Pelo malo Irlanda Sotillo | 89 |
| Las que resisten Nathalia Guerrero | 98 |
| Los autores | 110 |
| Nosotros | 114 |
| Agradecimientos | 120 |

El taller “Contar la ciudad” es uno de los proyectos ganadores de la convocatoria 2017 de la Comisión 500 años de fundación de la ciudad de Panamá, la cual financió iniciativas de grupos y personas relacionadas al rescate de la memoria de los barrios, patrimonio cultural, arquitectónico y reflexión sobre hechos históricos de la ciudad de Panamá en distintas disciplinas, entre ellas: cine, danza, teatro y literatura.